

CONTEMPLAR – EXPERIMENTAR – SACIAR – PROCLAMAR

CONSAGRACIÓN

Al Inmaculado Corazón de María

Consagración Mariana



Para uso exclusivo del Movimiento Tengo Sed

Material para hacer la Consagración al Inmaculado Corazón de María
COMUNIDADES TENGO SED (ADULTOS)
Copyright © todos los derechos reservados

Padres Misioneros de la Caridad



Consagración Mariana

3ra Edición, Marzo 2020

Distribuido por Oficinas Generales Movimiento Tengo Sed

Padres Misioneros de la Caridad, todos los derechos reservados.



Prefacio

“He aquí a tu Madre”
(Jn 19, 27).

“Que todos estemos muy conscientes de la responsabilidad que debemos compartir para construir nuestra Sociedad!... La mejor para ayudarnos con esto es Nuestra Señora. Fue gracias a su súplica que la Sociedad nació y por su continua intercesión ha crecido. Ahora, nosotros debemos suplicar junto con ella para obtener para nosotros las gracias necesarias para ser la sociedad que ella tuvo en su Inmaculado Corazón desde el inicio...”²

Reconocer la importancia de la afirmación de Madre de que, la Familia MC había “nacido por los ruegos de Nuestra Señora”, es esencial para comprender correctamente nuestro Carisma. Es Nuestra Señora, la que suplicó y sigue suplicando, ante nosotros y ante el Padre, que la Sed de su Hijo sea escuchada, acogida y saciada. Ella es el canal que Dios ha elegido para que el Movimiento existiera, así como llamó primero a Madre para saciar la Sed de Jesús en y para los pobres.³

El Movimiento Tengo Sed deberá ser guiado, purificado, apoyado y enriquecido por el Inmaculado Corazón de Nuestra Señora. Cada uno de nosotros está llamado a vivir en una profunda unión espiritual con Nuestra Señora, como el fruto, y el deber, que surge de nuestra coparticipación en la gracia del llamado de Madre. El Corazón de Nuestra Señora, entonces, es la atmósfera espiritual en la que debemos vivir, orar y servir.⁴

Nuestra *relación de alianza* con Nuestra Señora, fundada en el misterio de su llamado, se expresa y se vive en nuestra *encomienda a su Inmaculado Corazón*. En reconocimiento del papel de Nuestra Señora en la vida espiritual y la misión apostólica del Movimiento, y de cada miembro individual, el Movimiento “Tengo Sed” como un todo, es solemnemente entregado a la protección de su Inmaculado Corazón.⁵

¹ Se refiere a la Familia Misionera de la Caridad. Nosotros tomamos estas palabras como dichas también a todos los miembros del Movimiento Tengo Sed.

² Carta de la Madre Teresa, 15 de Mayo de 1995

³ Libro de Estatutos del Movimiento Tengo Sed, Capítulo cinco, punto 5.4

⁴ Libro de Estatutos del Movimiento Tengo Sed, Capítulo cinco, punto 5.2

⁵ Libro de Estatutos del Movimiento Tengo Sed, Capítulo cinco, punto 5.7



Sobre este material

Este es el material, oficial, para que todos los miembros del Movimiento Tengo Sed puedan hacer su Consagración a la Virgen, a luz de nuestro Carisma. Está basado en los escritos del Padre Joseph Langford MC. Al inicio de esta parte, se encuentra el esquema bajo el cual será llevado este material. Para esta parte necesitaras utilizar una Biblia Católica, ya que hay un texto bíblico para cada día seguido de una meditación.

Este material puede ser llevado de dos formas:

1. Una puede ser haciendo una meditación diaria hasta completar los 33 días, o,
2. Semanalmente llevando 2 meditaciones por semana hasta completar todo el material.

Recomendamos que se haga esta Consagración, con el apoyo de un Sacerdote, y si no fuera posible, entonces buscar el apoyo de una Hermana MC.

Introducción

Un día, Madre Teresa estaba diciendo y alguien que escuchó, dijo: “*Con María todo y sin María nada*”, “no Madre ‘Con Jesús todo y sin Jesús nada’”. Madre Teresa volvió a repetir “*Con María todo y sin María nada*”. Para Madre Teresa todo es Jesús, y sin María no hay Jesús, por eso con María todo, porque Jesús es todo.

El papel de Nuestra Señora en la vida y el carisma de Madre Teresa no puede ser sobre enfatizado – y, para entender el secreto de su santidad y fructífero apostolado, no puede ser subestimado. Nuestra Señora fue la vía, compañera y apoyo de Madre Teresa al escuchar y responder al lamento de Sed de Jesús en la Cruz. Por esta razón, no por mera piedad o devoción, ella decidió pasar su vida, y poner a sus seguidores con ella, junto a Nuestra Señora, en Espíritu a los pies de la Cruz. La vida MC sería una vida vivida “juxta crucem cum María”. “Ella fue llamada para ser la esposa de Jesús Crucificado. En consecuencia, tenía que estar a los pies del Calvario, bajo la Cruz en compañía de María”.

Ella puso “toda su confianza” en Nuestra Señora, pero no simplemente como una guía externa o como intercesora, aunque Nuestra Señora, seguramente, fue eso para ella. Mejor dicho, la llave para entender esta inigualable relación espiritual (siendo todavía eminentemente práctica y funcional) con la Madre de Dios, reside en la concepción (y convicción) de Madre Teresa para compartir en el misterio y gracia del “Inmaculado Corazón” de Nuestra Señora”.

Para Madre Teresa, el Corazón de Nuestra Señora, es decir, el misterio de su interioridad – especialmente en función de su amor por Dios, como lo indica este simbolismo – representaba la respuesta máxima de la humanidad a la Sed de Dios de amar y ser amado. Ulteriormente, al vivir unida a ella, y pidiéndole a Nuestra Señora que nos “prestara su



Corazón”, el misterio de su Inmaculado Corazón daría a Madre Teresa y a sus seguidores la gran oportunidad y el camino seguro para saciar la Sed de Jesús.

El fruto de esta íntima unión, con el Corazón de Nuestra Señora, en su vida interior, permitiría a Madre Teresa llegar a ser, en su trabajo exterior con los pobres, una especie de *“extensión” de Nuestra Señora* en los escondidos calvarios del mundo de hoy. Las Hermanas aprendieron esto acerca de ella (y acerca de lo que podría ser su propia conexión con Nuestra Señora) no sólo al escuchar, sino al observar a su fundadora.

El Carisma MC, fue entendido por Madre Teresa como si fuera parte de una unción y llamado *del propio de Nuestra Señora*, como un compartir en lo que Nuestra Señora es y hace. Ella vió a Nuestra Señora como *“íntima y personalmente involucrada en este carisma y trabajo en virtud de su propia misión”*. Ella misma había vivido en esta tierra todos los elementos de este Carisma, especialmente el de estar al pie de la Cruz de su Hijo, y deseaba vivirlo ahora, místicamente desde el cielo, de cierta forma, a través de Madre Teresa y sus seguidores.

Por esta razón, Nuestra Señora, tan frecuentemente, es referida como la “primera MC” en los escritos de Madre Teresa. *[María] es realmente la Causa de nuestra Alegría. Y Ella es verdaderamente la primera Misionera de la Caridad”*⁶.

Madre Teresa consideraba que los Misioneros de la Caridad fueron “fundados” directamente por Nuestra Señora, y que era su iniciativa, su propio proyecto y propiedad. La Sociedad *“nació por sus ruegos”*, como Madre Teresa insistía, una verdad que aparentemente experimentó durante el periodo de gracias especiales.

“Jesús tiene Sed ahora. Nuestra Señora debió haber sentido esa Sed para fundar nuestra Sociedad” (Madre Teresa).

“La Sociedad está dedicada al Inmaculado Corazón de María, Causa de nuestra Alegría, y Reina del Mundo”. Esta Sociedad es propiedad exclusiva de Nuestra Señora. Fue para esparcir su reino, el Reino del Inmaculado Corazón en los barrios pobres, que se fundó la Sociedad. Fue gracias a sus ruegos que nació la Sociedad, y por su intercesión, que vive la Sociedad. Estar dedicadas a Nuestra Señora significa que ella es la propietaria exclusiva de esta empresa. Y es ella la Causa de nuestra Alegría, así que debemos tratar de ser más y más la causa de su alegría. (Madre Teresa).

Por eso, la Consagración a María, es una de las mejores maneras de vivir esta relación con María que, como Madre Teresa decía, tenía que ir más allá que una simple devoción:

“Pero no pensemos que estamos trabajando con Ella, si sólo decimos unas cuantas oraciones en su honor. Debemos vivir de forma habitual con Ella para recurrir a Ella, como lo indica nuestra Regla “con Confianza de un niño en todas nuestras alegrías y penas” (Madre Teresa).⁷

⁶ MT¹⁹⁹⁴, p 16.

⁷ Parte de esta introducción fueron sacado de escritos de P Joseph Langford MC



Este material, es un complemento indispensable para ayudarnos a dar seguimiento a nuestra consagración. Se puede hacer una meditación diaria (siguiendo las instrucciones del esquema de las Meditaciones), lo que nos llevaría, aproximadamente, un mes, o también se puede hacer una meditación por semana y esta nos llevaría un total de 30 semanas (lo dejamos a su libre elección).

ESQUEMA PARA LAS MEDITACIONES

1) ORACIÓN INICIAL:

a) Señal de la Cruz

b) Oración al Espíritu Santo

Padre celestial, (**pausa**⁸) hoy venimos a tu presencia sedientos. (**Pausa**) ¡Oh Padre! cumple tu promesa y en el Nombre de Jesús, tu Hijo, derrama tu Amor Sediento, derrama tu Espíritu sobre nosotros. (**Pausa**) ¡Oh buen Jesús! sedientos de ti estamos, envíanos hoy tu Espíritu de verdad, para que, Él dé testimonio de ti y nos abra el entendimiento a tu Palabra (**Pausa**). Ven Espíritu Divino, Amor Sediento del Padre y del Hijo, llénanos, bautízanos, libéranos, da testimonio de Cristo y de Su Amor Sediento en nuestro corazón (**Pausa**) Ven Espíritu Santo, haznos tener hoy un Encuentro vivo y personal con Cristo Sediento de amar y ser amado por nosotros.

c) Oración de Madre Teresa de Calcuta:

Santa Teresa de Calcuta, tú permitiste que el Amor Sediento de Jesús, en la Cruz, se convirtiese en una llama viva dentro de ti y así te hiciste la luz de Su Amor para todos. Intercede ante el Corazón de Jesús: (Menciona aquí la gracia particular de la meditación). Enséñame, cómo dejar que Jesús penetre en mí y posea por completo todo mi ser, para que mi vida también pueda irradiar Su Luz y Amor a los demás. Amén.

2) LEER EL TEXTO BÍBLICO

3) LEEMOS LA MEDITACIÓN PAUSADAMENTE MÍNIMO 2 VECES (de ser posible poner música de fondo).

4) EJERCICIO DE ORACIÓN

- a) **Presencia de Dios:** busca un lugar cómodo para sentarte, cierra los ojos y coloca tus manos sobre tus piernas, respira hondo y suelta el aire despacio. Mientras respiras hondo, al ritmo de la respiración repite: " *Ven señor Jesús, soy tuyo*". Cuando lleno los pulmones (inhala) digo " *Ven Señor Jesús*" y cuando suelto el aire (exhalo) digo: " *Soy tuyo*".

⁸ Sólo 3 segundos en todos los casos, si no se dice otra cosa



b) **Ejercicio de oración propiamente dicho.**

5) ORACIÓN FINAL:

a) **Coloquio:** hablar con Dios, con la Virgen María y con Santa Teresa de Calcuta, agradeciéndoles por las gracias recibidas.

b) **Oración del Movimiento**

María, Madre de Jesús y madre mía. Tú fuiste la primera en escuchar el grito de Jesús, "Tengo Sed". Tú sabes qué real, qué profundo es Su Anhelado por mí y por los pobres. Soy tuyo, María, enséñame y ponme cara a cara con el Amor en el Corazón de Jesús Crucificado. Con tu ayuda, María, escucharé la Sed de Jesús y ésta será para mí Palabra de Vida. Junto a ti, le daré mi amor y la oportunidad de amarme, y así seré causa de tu alegría y saciaré la Sed de Jesús por Amor de las almas. Amén.

c) **Consagración a María**

Inmaculada Concepción, María mi Madre, vive en mí; Actúa en mí; Habla a través de mí. Piensa tus pensamientos en mi mente, Ama a través de mi corazón. Dame tus disposiciones y sentimientos. Enséñame, dirígeme, y guíame a Jesús. Corrige, ilumina y amplía mis pensamientos y comportamiento. Posee mi alma. Apodérate enteramente de mi personalidad y vida, replázala contigo misma. Inclínate a estar en constante adoración y alabanza. Ora en mí y a través de mí. Permíteme vivir en ti, y mantenme siempre en esta unión. Amén. (Juan Pablo II).

d) **Escribir las gracias recibidas:** Las respuestas de las siguientes preguntas te ayudaran a conocer las gracias recibidas:

- ¿Qué sentí mientras leía la meditación o hacía la dinámica o el coloquio?
- ¿Qué fue lo que más me impactó durante el ejercicio?
- ¿Qué dificultad tuve para hacer bien el ejercicio y por qué? ¿Qué distracciones se presentaron?

e) **Señal de la Cruz**



DÍA 1º

1) ORACIÓN INICIAL:

a) Señal de la Cruz

b) Oración al Espíritu Santo

Padre celestial, (**pausa**¹⁰) hoy venimos a tu presencia sedientos. (**Pausa**) ¡Oh Padre! cumple tu promesa y en el Nombre de Jesús, tu Hijo, derrama tu Amor Sediento, derrama tu Espíritu sobre nosotros. (**Pausa**) ¡Oh buen Jesús! sedientos de ti estamos, envíanos hoy tu Espíritu de verdad, para que, Él dé testimonio de ti y nos abra el entendimiento a tu Palabra (**Pausa**). Ven Espíritu Divino, Amor Sediento del Padre y del Hijo, llénanos, bautízanos, libéranos, da testimonio de Cristo y de Su Amor Sediento en nuestro corazón (**Pausa**) Ven Espíritu Santo, haznos tener hoy un Encuentro vivo y personal con Cristo Sediento de amar y ser amado por nosotros.

c) Oración de Madre Teresa de Calcuta:

d) Santa Teresa de Calcuta, tú permitiste que el Amor Sediento de Jesús, en la Cruz, se convirtiese en una llama viva dentro de ti y así te hiciste la luz de Su Amor para todos. Intercede ante el Corazón de Jesús: (Menciona aquí la gracia particular de la meditación). Enséñame, cómo dejar que Jesús penetre en mí y posea por completo todo mi ser, para que mi vida también pueda irradiar Su Luz y Amor a los demás. Amén.

2) LEER EL TEXTO BÍBLICO CORRESPONDIENTE AL DÍA 1 Génesis 3: 9-15, 20¹¹

(Para otros días checar cuadro de lectura de cada día)

3) LEEMOS LA MEDITACIÓN CORRESPONDIENTE AL DÍA 1

(Hacer la lectura pausadamente, mínimo 2 veces. De ser posible poner música de fondo).

(Para otros días checar donde viene las meditaciones para cada día).

⁹ Todas las demás seguirán este esquema.

¹⁰ Sólo 3 segundos en todos los casos, si no se dice otra cosa

¹¹ El texto bíblico siempre lo va leerlo en clave mariana, o sea viendo que te dice el Señor sobre María en ese texto, como puedo aplicarlo a mi relación con María.



Meditación del día 1 **Bajo el manto de Nuestra Señora¹²**

«No os alejéis de Nuestra Señora, y conseguiréis hacer grandes cosas por Dios y por el bien de la gente»
Madre Teresa de Calcuta¹³

Estás sentado con la Madre Teresa, viéndola sonreír mientras su amorosa mirada te cala por completo, sintiendo el consuelo de su mano firme sobre la tuya, el halo de santidad que rodea su persona y el bálsamo de sus amables palabras. Observas cómo se ocupa de los enfermos y los moribundos, cómo se desvía de su camino para realizar los gestos más pequeños de amor y compasión: la caricia en la frente, el apretón de una mano. La ves al fondo de la capilla en Calcuta, inmóvil e inclinada en oración, ensimismada en Dios. Muchas veces me he preguntado si, en tales ocasiones, no estaría vislumbrando a la Santísima Madre misma, experimentando un destello de la Virgen de Nazaret.

Cuando estaba con ella, tenía la sensación —compartida por otras muchas personas, y no sólo cristianas— de estar ante el vivo reflejo de aquella a quien la Madre Teresa sencillamente llamaba «Nuestra Señora»; de encontrarme ante una representación en carne y hueso de aquella a quien pintores y poetas llevan siglos tratando de aprehender con su arte. Pero, lo que tenía ante mí era más que un cuadro o un poema, mucho más que una figura al óleo o en palabras. Era un icono viviente, genuino y profundo, que prodigaba el Amor de Dios, costara lo que costase, que irradiaba su presencia, incluso, cuando ya no la sentía. La Madre Teresa hizo lo mismo que había hecho María durante los largos años en que Jesús se ausentó de Nazaret, durante las horas infinitamente largas, en que estuvo en la tumba. Incluso cuando parecía que el Señor la había abandonado, ella amó.

Como podemos atestiguar los que hemos tenido el privilegio de conocerla, la Madre Teresa fue alguien que amó con alegría a Dios y al prójimo en todas las circunstancias, alguien que no habría cambiado su vida, como afirmó en repetidas ocasiones, ni por todo el dinero del mundo. Del mismo modo que celebramos la gozosa fecundidad de la larga noche de fe de Nuestra Señora, que se extendió desde una abarrotada Cueva hasta una árida Cruz, así nosotros también podemos celebrar la radiante cosecha de la larga noche «Mariana» de la Madre Teresa, que se transformó en día eterno. Como el mirlo, ella cantaba su canción durante la noche, que los que moran en la oscuridad marcan la llegada de la aurora.

Ella no fue siempre así; no empezó brillando en la noche, reflejando la misma luz que la «mujer envuelta en el sol» (Ap. 12: 1). Fue a lo largo de muchos años, con amor y trabajo, como se convirtió, mediante un proceso divino, en una «encarnación de María entre nosotros», como muchos la describieron tras su muerte, hindúes incluidos. Ya veremos la sencillez de este proceso. Fue así: desde el atardecer hasta el amanecer, década tras década, la Madre Teresa vivió, en todos los sentidos de la palabra, al amparo de Nuestra Señora. Día a día, la intimidad se convirtió en transformación.

¹² La meditación siempre será sacada del libro “MADRE TERESA: BAJO LA SOMBRA DE LA VIRGEN”, de P Joseph Langford MC.

¹³ Enseñanzas de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., Tijuana, enero, 1992.



Durante los treinta años que la traté, la Madre Teresa fue para mí el único libro sobre Nuestra Señora, que no podía dejar de leer, el que sigue enseñándome, fascinándome, haciéndome trascender hacia Dios.

4) EJERCICIO DE ORACIÓN

a) Presencia de Dios: busca un lugar cómodo para sentarte, cierra los ojos y coloca tus manos sobre tus piernas, respira hondo y suelta el aire despacio. Mientras respiras hondo, al ritmo de la respiración repites: "¡Ven Señor Jesús, soy tuyo!". Cuando lleno los pulmones (inhalo) y digo: "Ven Señor Jesús" y cuando suelto el aire (exhalo) y digo: "Soy tuyo".

b) Ejercicio de oración propiamente dicho.

- Visualízate que estas en la calle que te conduce a la casa de María, siente lo que se siente ir a visitar a María. Tienes que usar todos los sentidos, ver, escuchar, oler, tocar y hasta gustar. Ver la calle, las cosas al alrededor ¿Hay algo que te preocupa, tienes algo que pedirle?¹⁴
- Ahora ya estas llamando a la puerta, mira el jardincito y la fachada de la casa, siente los pajaritos, huele el perfume de las flores.
- María abre la puerta y sale a tu encuentro, te sonríe te da un fuerte abrazo, y te invita a pasar a su casa.
- Al entrar en la casa trata de ver todo: la simplicidad, la limpieza, siente la paz. También siente la ternura y el cariño de María, hacia ti. Piensa que ella te está preparando algo para que tomes, déjate llevar por el Espíritu Santo.
- Comienza un dialogo con María (la parte más importante del ejercicio).
 - ✓ Háblale de lo que viviste durante el día, de lo que sientes, de lo que te preocupa, y escúchale responderte, que no sea un monólogo, sino un diálogo.
 - ✓ **Ahora empiézale hablar de lo que leíste en el texto bíblico que tocaba hoy, y pídele que te lo explique. Cuéntale lo que entendiste tú. Pero escúchala, déjala hablar, a ella.**
 - ✓ **Háblale del texto de la meditación, de lo que entendiste, deja que ella te lo explique y te lo aplique a ti. Debe ser un verdadero diálogo con María.**
 - ✓ Pídele lo que necesites, especialmente que ella te revele ayude a Contemplar, Experimentar, Saciar y Proclamar la Sed de su Hijo Jesús.

¹⁴ Muy importante orar con lo que se siente, o sea estar en contacto con lo que sientes, y mover tus sentimientos a vivir la gracia que el Señor quiere darte.



- Despidete de ella, abrázale y dile hasta mañana, escúchale decirte que ella estará contigo, donde sea que tu estés.

5) ORACIÓN FINAL

d) Coloquio: hablar con Dios, con la Virgen María y con Santa Teresa de Calcuta, agradeciéndoles por las gracias recibidas.

e) Oración del Movimiento

María, Madre de Jesús y madre mía. Tú fuiste la primera en escuchar el grito de Jesús, "Tengo Sed". Tú sabes qué real, qué profundo es Su Anhelado por mí y por los pobres. Soy tuyo, María, enséñame y ponme cara a cara con el Amor en el Corazón de Jesús Crucificado. Con tu ayuda, María, escucharé la Sed de Jesús y ésta será para mí Palabra de Vida. Junto a ti, le daré mi amor y la oportunidad de amarme, y así seré causa de tu alegría y saciaré la Sed de Jesús por Amor de las almas. Amén.

f) Consagración a María

Inmaculada Concepción, María mi Madre, vive en mí; Actúa en mí; Habla a través de mí. Piensa tus pensamientos en mi mente, Ama a través de mi corazón. Dame tus disposiciones y sentimientos. Enséñame, dirígeme, y guíame a Jesús. Corrige, ilumina y amplía mis pensamientos y comportamiento. Posee mi alma. Apodérate enteramente de mi personalidad y vida, replázala contigo misma. Inclíneme a estar en constante adoración y alabanza. Ora en mí y a través de mí. Permíteme vivir en ti, y mantenme siempre en esta unión. Amén. (Juan Pablo II).

d) Escribir las gracias recibidas: Las respuestas de las siguientes preguntas te ayudaran a conocer las gracias recibidas.

- ¿Qué sentí mientras leía la meditación, hacía la dinámica o el coloquio?
- ¿Qué fue lo que más me impactó durante el ejercicio?
- ¿Qué dificultad tuve para hacer bien el ejercicio y por qué? ¿Qué distracciones se presentaron?

e) Señal de la Cruz



LECTURA PARA CADA DÍA

DÍA 1.	Génesis 3:9-15,20
DÍA 2.	Isaías 61:9-11
DÍA 3.	Génesis 12:1-7
DÍA 4.	Miqueas 5,1-4a
DÍA 5.	II Samuel 7:1-5,8b-11, 16
DÍA 6.	Zacarías 2:14-17
DÍA 7.	I Crónicas 15:3-4,15-16,16:1-2
DÍA 8.	Repite un texto que te haya tocado más.
DÍA 9.	Mateo 1: 1-16,18-23
DÍA 10.	Proverbios 8:22-31
DÍA 11.	Mateo 2:13-15,19-23
DÍA 12.	Eclesiástico 24:1,3-4,8-12,19-21
DÍA 13.	Mateo 12:46-50
DÍA 14.	Isaías 7:10-14,8,10
DÍA 15.	Repite un texto que te haya tocado más.
DÍA 16.	Lucas 1:26-38
DÍA 17.	Isaías 9:1-3,5-6

DÍA 18.	Lucas 2:1-14
DÍA 19.	Hechos 1:12-14
DÍA 20.	Lucas 2:15b-19
DÍA 21.	Romanos 5:12,17-19
DÍA 22.	Lucas 2:27-35
DÍA 23.	Romanos 8:28-30
DÍA 24.	Lucas 2:41-52
DÍA 25.	Repite un texto que te haya tocado más.
DÍA 26.	Gálatas 4:4-7
DÍA 27.	Lucas 11:27-28
DÍA 28.	Efesios 1:3-6, 11-12
DÍA 29.	Juan 2:1-11
DÍA 30.	Apocalipsis 11: 19a,12:1,3-6a,10ab
DÍA 31.	Juan 19:25-27
DÍA 32.	Apocalipsis 21:1-5 ^a
DÍA 33.	Repite un texto que te haya tocado más.



Meditación del día 2¹⁵ **Una luz que brilla en la oscuridad**

«¿La Madre Teresa? Un Albert Schweitzer en mujer sin mucho que decir...» Así es como a menudo se ha visto a «la Santa de Calcuta», incluso por parte de aquellos que la admiran. Gracias a treinta mil páginas de documentos reunidos para su canonización, está saliendo a la luz un retrato más completo y matizado del mundo interior de la Madre Teresa. Lo que encontramos es un gran caleidoscopio de riqueza y profundidad sorprendentes, una mezcla de colores, incluso de luz y oscuridad, que transmiten su belleza sólo cuando se las ve juntas. Tratar de describir a la Madre Teresa a grandes rasgos, mostrando uno u otro aspecto de su vida o su trabajo, sin hacer referencia al conjunto, es no entender quién fue.

La Madre Teresa vivió con el corazón en el cielo y las manos hundidas en lo peor que tiene este mundo. No sólo fue capaz de vivir en ambos polos de ese eje que le ponía a prueba el alma, sino también de unirlos, de hacerlos uno en Cristo, de manera que Calcuta se convirtió en una entrada a Jerusalén. Ella operó ese milagro no sólo en sí misma, sino en todos aquellos con los que tuvo contacto: los pobres, sus propias Hermanas, y los muchos voluntarios y conocidos de todas las confesiones (y de ninguna) que se hallaban en su órbita. Para todos ellos, en medio del desafío de su noche interior, ella abrazó oscuridad y luz, dolor y amor, riqueza y pobreza, incluso los arreos de cielo e infierno, para que pudiéramos hacer lo mismo.

Meditación día 3¹⁶ **¿Santa de la oscuridad o santa de la luz?**

¿Quién fue, en realidad, la Madre Teresa, más allá de los titulares y las portadas de las revistas, ¿más allá de los tópicos fáciles de aquellos que la observaban desde fuera? Sus admiradores la veían como una rara mezcla de Santa y trabajadora social, pero quizá no mucho más. Sus detractores, descontentos con su labor caritativa, carente de compromiso político y tecnología, exigían que proporcionara a los pobres los últimos adelantos de la ciencia médica, y que alzara la voz contra la corrupción y las injusticias sociales.

A no pocos agnósticos, y creyentes cuya fe no es tan fuerte ni está tan arraigada como la de ella, les han llegado versiones de la noche oscura de fe de la Madre Teresa, y la han considerado como una crisis espiritual, e incluso como una muestra de su hipocresía. Pero una lectura atenta de sus cartas personales¹⁷ muestra que, aunque esa oscuridad tan aireada, pero tan poco comprendida ciertamente constituyó un desafío, nunca la llevó a una situación de crisis. Al contrario, labró un espacio más profundo en su alma para Aquel al que amaba y servía sin verle.

La oscuridad de la Madre Teresa no fue una tumba del Espíritu sino más bien un útero sagrado del que surgió nueva vida. Su oscuridad era un crisol de fe, esperanza y amor en el que *Madre* Teresa se convirtió en *Santa* Teresa. Lejos de ser un escollo, la oscuridad se convirtió para ella en una piedra pasadera. Más que privarla y alejarla de Dios, esa noche del

¹⁵ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

¹⁶ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

¹⁷ Brian Kolodiejchuk, M. C., *Mother Teresa: Come Be My Light* (Doubleday, Nueva York, 2007), p. 1. Versión castellana de Pablo Cervera, Ven, sé mi luz, Planeta (Testimonio), Barcelona, 2008.



alma fue su gran escalera hacia las bendiciones del cielo. «Dichosos los que creen sin haber visto» (Jn 20: 29).

La oscuridad interior de la Madre Teresa fue un escondido laboratorio de amor. La oscuridad fue la escuela en la que aprendió a aferrarse a Dios incluso en su sentida ausencia, en la que atendió al dolor de los demás en lugar de perderse en el suyo propio. Como San Juan de la Cruz, el gran místico español, escribió siglos antes de ella: *¡Oh noche dichosa!*¹⁸, noche que en su silenciosa estela lleva tales dichas. A través de los rigores de su noche interior, participación del dominio de Dios sobre la oscuridad, la gracia convirtió el carbón en diamante, transformando su frágil amor humano en algo fuerte y divino, tornando la oscuridad en luz.

Meditación día 4¹⁹ **Un faro en nuestra noche**

«*Ven, sé mi luz*», le había pedido Jesús a la Madre Teresa al principio de su misión. Leyendo las cartas de la Madre Teresa, está claro que su victoria sobre la oscuridad, como todo lo demás en su vida, no era fundamentalmente por su bien, sino por el nuestro, por todos los que aún moran en la propia «sombra del valle de la muerte» y por quienes prometió «ser luz» como Jesús le había pedido.

“Si alguna vez me convierto en santa, sin duda lo seré de la «oscuridad». Me ausentaré del cielo continuamente, para encender la luz de todos los que viven en la oscuridad en la tierra”²⁰ Madre Teresa.

Dios hizo de la Madre Teresa un instrumento que iluminara nuestra noche en sus momentos más sombríos, guiándola a través de esa oscuridad delante de nosotros. Hizo de ella un faro para todos nosotros, fugaces viajeros sin brújula en un mundo de sombras. Como los israelitas cuando cruzaron el desierto del Sinaí, no necesitamos una visión directa de Dios, sino señales de Él, señales que nos conduzcan a la siguiente etapa de nuestro viaje, señales que nos hablen en Su Nombre, señales creadas de un Creador cercano pero invisible.

Aunque Dios nos ha dado muchas de esas cosas, quizá pocos se han alzado con tanta claridad en el horizonte del desierto de nuestro tiempo como, la Madre Teresa.

En esta edad moderna que anhela la carne y las cebollas silvestres de Egipto, con poco gusto por el maná y poca paciencia para el viaje, la Madre Teresa ha logrado mantener nuestra atención, señalar el camino a la tierra prometida. Como Jesús, que gritó al Padre: «¿Por qué me has abandonado?» (Mt 27: 46), pero no se bajó de la oscura Cruz hasta que fue elevado por ese Padre al que Él no sentía, la Madre Teresa nunca buscó el descanso ni la huida, tan sólo medios para continuar. Su perseverancia a lo largo de cincuenta leales y fructíferos años nos enseña que todo lo que sucede tiene un significado, y que hay un Dios que todo lo ve, aun cuando a Él ni se le vea ni se le sienta.

A menudo, la riqueza del mundo espiritual de la Madre Teresa se nos escapa a simple vista, escondida bajo el velo de su oscuridad de manera que no miramos más allá, o dispersa en

¹⁸ Véase La Noche Oscura en Obras completas de Juan de la Cruz.

¹⁹ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

²⁰ Cartas de la Madre Teresa (de aquí en adelante CMT).



sus charlas y cartas, como diamantes en bruto a la espera de ser extraídos. ¿Qué es esta luz, tan importante que Jesús le pidió que montara su tienda en los lugares más negros, no para que pudiera construir hospitales y bloques de pisos, sino para que a través de ella esta luz nacida de Dios pudiera brillar? ¿Y por qué enviarla a ella a ser Su «Luz» si su intención era sumirla en la oscuridad? O realmente ¿hay una brillante y sutil luz en ella, una luz tan deslumbrante que ciega a los no iniciados (y que la cegó a ella al principio), una luz que siempre la acompañó, y que Dios destinó para nosotros también en estos tiempos oscuros? ¿Fue su oscuridad interior una metáfora, así como un mapa, de la oscuridad espiritual de nuestros días? ¿Qué eran los contornos llenos de luz de su mundo espiritual que ella nos invita a descubrir y compartir, para que podamos atravesar mejor nuestras propias noches oscuras?

Un elemento clave de la vida interior de la Madre Teresa fue la persona y presencia de María, la Madre de Jesús. El extraordinario vínculo espiritual entre la Madre Teresa y Nuestra Señora, que percibieron todos los que vivían con ella, no era una luz lateral, ni una devoción secundaria en su mundo interior, sino parte integral de su espiritualidad y de su misión. Y era aún más: Nuestra Señora se convirtió en un elemento esencial de la propia conciencia de sí misma que tenía la Madre Teresa. Nuestra Señora —su misterio, su gracia y su papel— llegó a definir a la Madre Teresa. Nuestra Señora era el fundamento invisible de todo lo que la Madre Teresa llevaría a cabo en la Iglesia y en el mundo. Y, como veremos, fue Nuestra Señora quien se encargó de descubrirle a la Madre Teresa la resplandeciente luz que le había sido dada envuelta en oscuridad. Fue Nuestra Señora quien la enseñó a ver en la oscuridad, Nuestra Señora quien primero había visto a través de esa luz, y en las peores circunstancias, mientras su Hijo agonizaba. La fe de Nuestra Señora reforzó y orientó la fe de la Madre Teresa, y la mantuvo a ella firme y sin tambalearse, a pesar de la oscuridad, ante la Cruz levantada en su propia alma. Y como su larga noche hizo de esa Cruz un terreno tan familiar, la Madre Teresa fue capaz de reconocer, y de seguir imperturbable con su tarea, ante las cruces de los pobres de todo el mundo, levantadas sobre Calvarios sin nombre, pero donde aquel que lleva «el título que sobrepasa todo título» (Flp 2: 9) espera siempre para acoger, salvar y elevar.

¿Fue la Madre Teresa una Santa de la oscuridad o de la luz? Ambas son inseparables e ineludibles; y, aunque resulte extraño, una está al servicio de la otra. La Madre Teresa nos ha enseñado que la oscuridad nos entrena los ojos para que dirijamos la mirada hacia una luz más alta, una luz divina que ilumina a su vez todas las oscuridades. Las cartas en las que se relata la oscuridad de la Madre Teresa no fueron su última palabra, y desde luego no fueron su única palabra. Existen otros volúmenes de cartas, personales y generales, así como transcripciones de sus enseñanzas y grabaciones de sus charlas en público, que reflejan una luz fuera de lo común, que brilló en su alma a pesar y a lo largo de su experiencia de la oscuridad. En la belleza y la sabiduría de su visión espiritual, que se describe brevemente más adelante, encontramos las pruebas necesarias de que aquella sencilla monja, que nunca estudió teología, de ninguna manera estuvo privada de luz, sino que fue una fuente de vida y luz de Dios que brillaba en la oscuridad.



Meditación día 5²¹
Toda una vida al amparo de Nuestra Señora
La visión de 1947

En septiembre de 1946, durante un viaje en tren a su retiro anual en la estación de la montaña de Darjeeling, la Madre Teresa experimentó una gracia que cambiaría su vida para siempre. Descubrió el ansia de Infinito, la «Sed» que tenía Dios de sus criaturas. Ése fue el comienzo de su gran trabajo. A la Madre Teresa se le reveló, y ella misma lo experimentó, que el Dios del cielo y de la tierra ansía, anhela y añora a la raza humana. No sólo nos acepta como somos, sino que siente una predilección especial por nosotros precisamente en nuestra debilidad, en nuestra pobreza y en nuestra naturaleza de pecadores. Muchos han comprendido, a raíz de esa visión, que la Madre Teresa estaba sirviendo a su Señor Crucificado al servir a los enfermos, los pobres, los moribundos y los parias. Pero, pocos saben que la idea y la iniciativa de todo ello eran de Nuestra Señora.

Fue en 1947, tras año y medio de extraordinarias y casi diarias revelaciones en las que Jesús enseñó a la Madre Teresa lo que quería de ella, cuando tuvo una visión en tres partes que simbolizaba y resumía todo lo que se le había dicho desde que subió al tren en dirección a Darjeeling. La visión fue de gran importancia para su futura misión y la de sus Misioneras de la Caridad, y merece nuestra atención más detenida.

En la primera escena de la visión, la Madre Teresa vio la dolorosa situación de los pobres, y la pobreza interior aún mayor que se ocultaba bajo su pobreza material. Se vio en medio de una gran multitud de pobres de todas las clases, jóvenes y viejos. Todos alargaban los brazos hacia ella, pidiéndole que les salvara, que les guiara hacia el único Salvador, hacia Jesús.

En la segunda escena, la Madre Teresa vio a la misma multitud de pobres. Esta vez pudo distinguir que en sus rostros se reflejaba una tristeza y un sufrimiento enormes. Nuestra Señora se encontraba entre ellos, y la Madre Teresa estaba arrodillada a su lado. Como estaba vuelta hacia los dolientes niños, no podía ver el rostro de Nuestra Señora, pero la oyó decir: «Cuida de ellos—son míos. —Llévaselos a Jesús—tráeles a Jesús. —No temas.

Enséñales a rezar el Rosario—el Rosario en familia y todo irá bien. —No temas—Jesús y yo estaremos contigo y tus hijos».²²

En la tercera y última escena, a la Madre Teresa de nuevo le fue mostrado el mismo gentío. Esta vez, rodeado de oscuridad. Allí, en medio de la angustiada multitud que no parecía consciente de su presencia, estaba Jesús en la Cruz. Nuestra Señora se encontraba ante Él «*a una pequeña distancia*». La Madre Teresa se vio a sí misma allí también, no como adulta sino «*como una chiquilla*», de pie, justo delante de Nuestra Señora, mirando ambas hacia la Cruz. Nuestra Señora tenía la mano izquierda en el hombro izquierdo de la Madre Teresa, respaldándola, y con la mano derecha agarraba a la Madre Teresa del brazo derecho, extendido hacia Jesús Crucificado. Entonces Jesús le dijo: «*Te lo he pedido. Ellos te lo han pedido, y ella, mi Madre, te lo ha pedido. ¿Te negarás a hacer esto por Mí—cuidar de ellos, traérmelos?* ».²³

²¹ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

²² Brian Kolodiejchuk, M. C., *Mother Teresa: Come Be My Light* (Doubleday, Nueva York, 2007), p. 99. Versión castellana de Pablo Cervera, *Ven, sé mi luz*, Planeta (Testimonio), Barcelona, 2008.

²³ Misma referencia anterior.



Esas visiones resumieron la llamada de la Madre Teresa, en su vida interior, así como en su trabajo externo, para el resto de su vida. Tres elementos en particular vendrían a caracterizar su misión: la apremiante situación de los más pobres entre los pobres, la continua Pasión de Jesús Crucificado en Su Cuerpo Místico, y la presencia y el papel de Nuestra Señora a los pies de la Cruz. Vamos a analizarlas brevemente.

Meditación día 6²⁴

La apremiante situación de los más pobres entre los pobres

Cada una de las escenas empezaba con lo que la Madre Teresa describió como una «*gran multitud*» de pobres, en «*cuyos rostros se reflejaba una tristeza y un sufrimiento enormes*», y terminaba con una visión de Jesús Crucificado en medio de ellos. Esta presencia del Señor entre los pobres y afligidos, no sólo de Calcuta, sino del mundo, en nuestros vecindarios y bajo nuestros propios tejados, era, a juicio de la Madre Teresa, la razón de su excepcional dignidad, de su verdadera «*grandeza*».²⁵

Al compartir la imagen de Cristo Crucificado, los pobres se habían convertido, aunque fuera inconscientemente, en abanderados de su Pasión, en espejos de su glorioso semblante, un semblante velado, pero, no obstante, presente bajo el «*doloroso disfraz*» del sufrimiento humano.²⁶ Desde los primeros días de su trabajo, consideró, e incluso reverenció, a los pobres y sufrientes como un lugar privilegiado de gracia, de encuentro con Cristo, de conversión. Desde ese primer día en adelante, cuando contempló y anotó su visión, la Madre Teresa nunca dudaría de que cuidando a los pobres estaba sirviendo y saciando a su Señor.

Sirviéndoles, los pobres descubrirían su propia dignidad, quizá por vez primera, reflejada en los ojos de ella, y experimentarían la presencia y la compasión de Dios en el contacto con ella. Ése era el propósito de Jesús al enviarla:

*“...no me conocen—por eso no Me quieren. Tú ven—ve hacia ellos, llévame hasta ellos. —Cuánto anhelo entrar en sus agujeros—en sus oscuros e infelices hogares. Ven, sé su víctima. —En tu inmolación— en tu amor por Mí—ellos Me verán, Me conocerán, Me querrán.”*²⁷

Meditación día 7²⁸

Jesús Crucificado

Las visiones de la Madre Teresa empezaban y terminaban con el misterio de la entrega de Jesús incluso hasta la muerte, visible en el Calvario y oculta en los pobres de Calcuta. La Madre Teresa dedicó la vida entera a devolver el Infinito Amor del Padre derramado en Jesús Crucificado, presente en la Eucaristía, arraigado en su corazón y escondido en los necesitados:

²⁴ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

²⁵ Enseñanzas de la Madre (de aquí en adelante EM).

²⁶ EM: 29 de septiembre de 1977.

²⁷ Brian Kolodiejchuk, M. C., *Mother Teresa: Come Be My Light* (Doubleday, Nueva York, 2007), p. 98. Versión castellana de Pablo Cervera, *Ven, sé mi luz*, Planeta (Testimonio), Barcelona, 2008.

²⁸ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



*“La bofetada en la cara; el escupitajo en Su rostro, la corona de espinas, la flagelación, el despojamiento de sus vestiduras, la crucifixión, la colocación de la Cruz en el medio, para mostrar que Él era peor que los otros dos. El entierro en la tumba de otra persona, todo eso y más, en especial el terrible anhelo de ser amado, la terrible soledad, el terrible dolor por Su Madre. Todo, todo eso [es] el Amor con el que Él nos amó”.*²⁹

La respuesta de la Madre Teresa al enorme dolor y la oscuridad de los pobres, que ella compartiría en cuerpo y alma, reside en el misterio del anhelante Amor de Dios, revelado por primera vez, en esa morada de oscuridad y muerte que fue el Calvario.

Nuestra Señora a los pies de la Cruz

Uno ve en esas visiones el papel fundamental y moldeador de Nuestra Señora en todos los aspectos de la vida y la obra de la Madre Teresa. Se presenta como bienhechora y compañera en el trabajo de la Madre Teresa con los más necesitados, de «llevarles a Jesús». Nuestra Señora se convierte en un puente entre la Madre Teresa y los pobres que clamaban a ella, y entre los pobres y Jesús Crucificado, que sentía Sed de ellos, que ansiaba amar y ser amado por ellos.

Nuestra Señora dice de los pobres: *«Ellos me pertenecen»*. La Madre Teresa compartió la gracia de la maternidad de Nuestra Señora con los más necesitados de sus hijos. Vivió toda su vida acogida en el *«purísimo corazón»* de Nuestra Señora, como la vemos *«acogida»* entre los brazos de Nuestra Señora en la tercera parte de su visión:³⁰

*“Permaneced con Nuestra Señora cerca de la Cruz con gran amor y confianza. Qué regalo de Dios...”*³¹

Es a través de la presencia de Nuestra Señora, como aparecía en esta escena final, como la Madre Teresa encontrará la gracia y el coraje para acudir a los Calvarios del mundo, sabiendo, con la misma fe que sostuvo a Nuestra Señora en su hora más oscura, que detrás de ese misterio se escondía la presencia del Hijo de Dios. Para llevar a cabo esa difícil misión, Nuestra Señora será la constante referencia, el modelo y el apoyo de la Madre Teresa:

*“Como preparativo para la gozosa celebración de este Jubileo de Oro del «Día de la Inspiración»... no se me ocurre una forma mejor que la de volvernos hacia Nuestra Señora... pues fue atendiendo a sus súplicas como nació la Sociedad... para que con ella y como ella aprendamos a estar al lado del doloroso disfraz de Jesús en el mundo de hoy, en especial en las vidas de los más pobres entre los pobres, material y espiritualmente, y así saciar Su Sed de amar y ser amado”.*³²

²⁹ Alocución de la Madre Teresa a las Hermanas M.C., 24 de abril de 1987.

³⁰ CMT: 31 de julio de 1996.

³¹ Enseñanzas de la Madre Teresa a las maestras de novicias, Casilina (Roma), 30 de junio de 1997.

³² Alocución de la Madre Teresa a las hermanas M. C., 24 de abril de 1996.



Meditación día 8³³

El secreto del discípulo amado

La visión de la Madre Teresa, la forma en que se ve a sí misma a los pies de la Cruz con Nuestra Señora, nos recuerda el episodio del Evangelio de donde claramente se deriva esta escena, y a la que parece referirnos de manera intencionada (véase Jn 19: 25-30). En este pasaje de su Evangelio, el apóstol Juan se encuentra a los pies de la Cruz con Nuestra Señora en el Calvario.

De los doce apóstoles, Juan es el único testigo de la Crucifixión de Jesús, y el único evangelista que recogió el ruego de Jesús de que le dieran de beber (véase Jn 19: 28).

No obstante, podemos suponer que ya tenía relación con María, quien a su vez le condujo hasta la Cruz el día de Viernes Santo. Sabemos que también Juan había huido temeroso, igual que los otros, tal y como Jesús había profetizado (véase Mt 26: 31). Pero Juan, reconociendo su debilidad, en algún punto a lo largo del camino se encontró con María entre la multitud en la Vía Dolorosa. En ella encontró un amor, una fuerza y una serenidad que superaban los suyos, y un corazón al que abrir el suyo a las palabras que, de los Doce, sólo él oiría. Nuestra Señora encaminó a Juan hacia la fidelidad, y a ser testigo de la Sed de su Hijo. Eso es lo que hizo por la Madre Teresa. Eso es lo que desea hacer por todos los discípulos.

Ésa es una lección que debemos aprender. No podemos suponer que perseveraremos a la hora de cargar con nuestra cruz, contando sólo con nuestras propias fuerzas y nuestra buena voluntad, como San Juan supuso que haría. Sin una íntima relación con Nuestra Señora, el mandato de coger nuestra cruz de todos los días y seguir al Señor resultará difícil y fatigoso. Puede que, en efecto, amemos a Jesús profundamente, como sin duda le amó San Juan, o San Pedro, calentándose al fuego. Pero fracasaremos y caeremos ante el escándalo de la Cruz cuando amenace con rozarnos, si lo afrontamos solos. Sin Nuestra Señora estaremos, como San Juan en Viernes Santo, solo ante las cruces de la vida, ajeno a Jesús entre nosotros. En tiempos de prueba, nos encontramos a menudo como los pobres en la visión de la Madre Teresa, rodeados de oscuridad, ignorantes de que Jesús está ahí, entre nosotros. Sin la fidelidad que Nuestra Señora ofreció a San Juan, la Iglesia podría no haber oído nunca las palabras «Tengo Sed»; y sin la fidelidad que le ofreció a la Madre Teresa, el mundo no habría oído hoy esas palabras, ni las habría visto vividas hasta el final.

Así pues, el ciclo de la gracia se completa. Rodeada por los pobres, la Madre Teresa está de pie con Nuestra Señora ante Jesús Crucificado. En la Sed de amor que tiene de ella y de ellos, de su alma y la de ellos, Cristo la envía en busca de aquellos que siguen esperando «*rodeados de oscuridad*». Y ella se dirigirá a los pobres, con lo que el ciclo empezará de nuevo, en Sociedad de Nuestra Señora, para buscar al Señor Crucificado entre ellos para llevarles hasta Él. Son ellos —los pobres, Jesús Crucificado y Nuestra Señora— quienes están en el fondo de la gracia y la misión extraordinarias que Dios otorgó a la Madre Teresa.

³³ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Meditación día 9³⁴ **Envuelta en Su Poderosa Presencia**

La Madre Teresa pasó el resto de su vida reviviendo la visión de 1947, entregada conscientemente a Jesús Crucificado bajo mil penosos disfraces, y envuelta siempre en la vigorizante presencia de Nuestra Señora. Se mantuvo, en palabras de los Padres de la Iglesia, «*juxta crucem cum María*», cerca de la Cruz con Nuestra Señora, de una manera mística. Lo cual se convirtió para ella, como Jesús sugirió a Marta y a María, en algo necesario (véase Lc 10: 42).

La Madre Teresa y Juan Diego

Aunque se sabe poco de la relación de la Madre Teresa con Nuestra Señora antes de las visiones y de cómo se desarrolló en los meses y en los años inmediatamente posteriores, hay paralelismos en las vidas de los santos. Los santos que vivieron en estrecha relación con Nuestra Señora nos permiten ver su íntima conexión con ella, y, lo que es más importante, cómo podemos iniciar nosotros mismos una relación semejante con María. Entre los más importantes están Juan Diego y Nuestra Señora de Guadalupe.

Tuve la oportunidad de acompañar en varias ocasiones a la Madre Teresa a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México, durante sus visitas a nuestra comunidad (la rama sacerdotal de los Misioneros de la Caridad) en nuestra casa, que está al otro lado de la basílica. Allí fui testigo de su devoción por Nuestra Señora, y de la devoción que sentía hacia los acontecimientos que rodearon las apariciones a Juan Diego siglos atrás. Allí empecé a ver con más claridad lo que la Madre Teresa había intuido mucho tiempo antes: los profundos paralelismos entre el papel de Nuestra Señora en la misión de Juan Diego y en la suya propia.

En la historia de Juan Diego, alcanzamos a ver cómo se desarrollan los primeros indicios de una nueva y profunda relación con Nuestra Señora. La conmovedora historia de Juan Diego, que es parte de la herencia espiritual de las Américas, se cuenta en el *Nican Mopohua*, el documento Azteca original en donde se relatan los acontecimientos de Guadalupe (parafraseados en el Apéndice Tercero). Al igual que con San Juan y la Madre Teresa, la intensa relación de Juan Diego con María alumbró una misión al servicio del Reino de Dios.

En Guadalupe, Nuestra Señora viene a traer la luz del Amor de Dios a la oscuridad de un pueblo roto y una cultura conquistada.

Nuestra Señora de Guadalupe, rodeada por los resplandecientes rayos del sol, se apareció a los pobres de México y el Nuevo Mundo en la *tilma*³⁵ de un pobre *indio*.³⁶

A su manera, la Madre Teresa, encargada de «*llevar mi luz a las oscuras covachas de los pobres*», era la misma imagen para los pobres de Calcuta y el Tercer Mundo. Nuestra Señora de Guadalupe apareció llevando a Cristo niño en su vientre; Jesús pidió a la Madre Teresa que le llevara hasta los pobres. Nuestra Señora de Guadalupe y la Madre Teresa no sólo se

³⁴ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

³⁵ En español en el original. Una tilma es una manta que llevan los hombres anudada en el hombro. (*N. de la t.*)

³⁶ En español en el original. (*N. de la t.*)



entregaron a ayudar y a instruir, sino a vivir entre los pobres, los enfermos y los necesitados. Al igual que en Belén, en Calcuta y en todo el mundo Jesús «no puede ir solo» sin nuestra colaboración.

La venida de Nuestra Señora de Guadalupe es la primera aparición mariana reconocida. Guadalupe abre un nuevo capítulo en la historia de la Iglesia, en la que María empieza a tener un papel más activo, más evidente y visible. Primera en la larga historia de intervenciones de Nuestra Señora, encontramos en la historia de Juan Diego una especie de patrón universal de gracia mariana, repetida una y otra vez en las futuras apariciones en las vidas de los santos. La casi arquetípica naturaleza de la interacción de Nuestra Señora con Juan Diego nos sirve de modelo para nuestra relación con María como hijos suyos, y como tal puede ayudarnos a comprender cómo Nuestra Señora iba moldeando a la Madre Teresa en sus primeros años, y cómo quiere seguir moldeándonos a nosotros.

Meditación día 10³⁷ **Moldeada por el amor de María**

Vemos ejemplificadas en la vida de la Madre Teresa, así como en la de Juan Diego, cuatro importantes actitudes del alma, necesarias para que Nuestra Señora intervenga en nuestras vidas. Veámoslas una a una.

1. Humildad, Pobreza de Espíritu, sencillez: El primer requisito es característico, no sólo de Juan Diego y la Madre Teresa sino de todos aquellos elegidos por Nuestra Señora en subsiguientes apariciones. Cuando nos planteemos nuestra propia relación con Nuestra Señora, debemos empezar por aquí, de pie ante ella con espíritu de sencillez, Pobreza de espíritu y con esa pequeñez infantil, sin la que no entraremos en el Reino de Dios (véase Lc 18: 17).

2. Confianza: El segundo, prerrequisito es el de una fe sencilla en la presencia, el poder y el papel de Nuestra Señora en el plan de Dios, con Total confianza en ella, con la confianza de un niño:

*«Que todas las hermanas tengan por Madre a la Inmaculada Reina de los Cielos. No sólo deben amarla y venerarla, sino acudir a ella con confianza infantil en las alegrías y las tristezas».*³⁸

La Madre Teresa siempre llevaba el rosario en la mano, aunque estuviera haciendo otra cosa. La gente le preguntaba por qué sostenía el rosario, cuando era evidente que no estaba rezándolo. Ella contestaba que, era su forma de recordarse a sí misma que iba de la mano de Nuestra Señora, una mano de la que no se había soltado desde su visión de 1947.

3. Humilde obediencia: El tercer requisito, es un espíritu humilde y obediente. Ella, que había dicho libremente: «Cúmplase en mí lo que has dicho» (Lc 1: 38), pide lo mismo a sus hijos. Vemos esta actitud en Juan Diego, que nunca criticó al reticente obispo a quien fue enviado ni se quejó de él. La vemos también en la Madre Teresa, quien, a pesar de que millones de personas la llamaban «Madre» y el secretario general de Naciones Unidas la

³⁷ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

³⁸ Explicación de la Regla Original, número 4



proclamó «la mujer más poderosa del mundo», era como una niña en presencia del Santo Padre, a quien consultaba siempre que podía.

4. Contemplación: El cuarto prerrequisito, es el desarrollo de una actitud contemplativa, en la oración y en la vida, de un sentido de asombro infantil, ante la belleza de la creación de Dios y la majestad de Su Ser, de una capacidad de maravillarse ante Sus dones y bendiciones, y de no dar nada por sentado.

Meditación día 11³⁹

Entrar en el abrazo de Nuestra Madre: tres estados de gracia.

La cercana e íntima relación con María de que gozaron Juan Diego y la Madre Teresa no está reservada a los santos. Nosotros también podemos disfrutar del mismo sistema de gracia mariana. Hay tres pasos en esta dinámica de gracia, tres etapas esenciales en nuestra relación con Nuestra Señora: Encuentro, Predisposición a escuchar y Consagración. Aunque esas etapas son más explícitas en la historia de Juan Diego, son igual de importantes y están igualmente presentes, aunque más ocultas, en la vida de la Madre Teresa.

Encuentro

Tanto para la Madre Teresa como para Juan Diego, Nuestra Señora era una presencia concreta y cotidiana con la que reunirse, a la que acoger, conocer, mantener y de quien aprender.

La Madre Teresa enseñaba a sus seguidores no sólo a rezar a Nuestra Señora, sino a vivir en Su Sociedad. Vivir con María supone un encuentro constante y cotidiano con su invisible pero poderosa presencia. Eso requiere de nuestra parte no sólo fe, sino también la voluntad de invertir tiempo para acercarnos a ella. Juan Diego no vio inmediatamente a Nuestra Señora en la colina de Tepeyac aquella mañana de diciembre. Primero, oyó un canto de pájaros extraordinariamente hermoso que venía de lo alto de la colina, luego vio una luz inusual en el cielo matinal, y finalmente notó como un suave golpecito de gracia en el alma. Él siguió esos primeros indicios de gracia en lugar de seguir el camino planeado hasta Ciudad de México. Estaba decidido a buscar qué había más allá de las señales, a aceptar y a prestar atención a las mínimas indicaciones de la invisible presencia de María antes de encontrarse con ella. Esas sencillas señales de la presencia de Nuestra Señora, aisladas y a menudo olvidadas en nuestro camino, nos acercan, por designio de Dios, a misterios que no podemos ver. Son invitaciones hacia un encuentro personal con la Madre de Dios.

Una señal única de la presencia de Nuestra Señora es la imagen grabada en la tilma, o manto, de Juan Diego. Nuestra Señora se apareció en la colina de Tepeyac en 1531, coincidiendo exactamente con una profecía que circulaba desde hacía siglos entre el pueblo Azteca. Los Aztecas usaban un ciclo temporal compuesto de 412 años. Según sus creencias, durante cada ciclo, el sol luchaba por la noche en un enfrentamiento con enemigos mortales de las fuerzas de la noche y el inframundo, y se alzaba triunfante cada mañana, logrando tan sólo una victoria efímera y precaria. Cualquiera noche, de acuerdo con esa cosmología, podía ser la última noche del mundo. Así pues, los Aztecas vivían en un temor mortal, temor que sólo se acallaba durante las pocas horas de luz de cada día. Para ayudar al sol en su batalla, los

³⁹ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Aztecas introdujeron la práctica del sacrificio humano, sangre humana ofrecida por la supervivencia del mundo y de la raza humana. No obstante, se creía que llegaría el día, al final de uno de esos ciclos de 412 años, en que la madre del Dios Sol, una deidad llamada Tonantzin, aparecería para salvar la nación Azteca y el mundo. Ella alumbraría definitivamente al Sol y restauraría su poder en plenitud, y de esa manera marcaría el comienzo de una nueva era de paz entre el cielo y la tierra. No habría más sacrificios humanos; la noche ya no reinaría sobre el día. La fecha exacta del final de ese concreto ciclo de 412 años ocurría el 12 de diciembre de 1531, el mismo día en que la milagrosa imagen de Nuestra Señora se imprimió en la rústica tilma de Juan Diego.

La tilma misma es una continua señal. Esa áspera y humilde fibra de cactus, que en el mejor de los casos puede durar treinta o cuarenta años sin deshacerse, resiste los estragos del tiempo desde hace casi quinientos años, y sigue nueva y con los colores brillantes, pese haber estado situada, durante décadas antes de que se construyera el primer santuario, junto al Lago Texcoco para veneración de los fieles, descubierta y desprotegida. Allí estuvo expuesta al sol, al viento y al polvo, al roce de cientos de miles de peregrinos, al humo constante de las lámparas votivas, y a la brisa salada y húmeda del lago.

Los que hayan visitado Guadalupe, puede que se hayan fijado en otro milagro. Consagrado al fondo de la nueva basílica, en una hornacina con cristal, hay un sólido y pesado crucifijo de hierro, retorcido como un *pretzel*.⁴⁰ Anteriormente, en la antigua basílica, la tilma se había expuesto justo encima del altar principal, al alcance de los fieles, protegida solamente por un delgado cristal. Ese gran crucifijo había estado justo delante de la imagen. Una mañana de 1921, un grupo masónico puso una potente bomba dentro de un florero y lo colocó en el altar, a pocos centímetros de la tilma. Poco antes de la misa de la mañana, explotó la dinamita escondida, y las enormes estatuas de mármol de la basílica volaron desde sus hornacinas al suelo. La explosión destrozó las ventanas de la basílica, así como las de las casas cercanas. Cuando se hubo posado el polvo, se encontró el crucifijo de hierro doblado y retorcido como si de masilla en manos del calor se hubiera tratado, pero la fina lámina de cristal que protegía la tilma y la sagrada imagen misma estaban intactas. En efecto, Nuestra Señora sigue entre nosotros, y el poder del Espíritu Santo sobre ella no ha disminuido.

El Papa Benedicto XIV, tras investigar y aprobar las apariciones de Guadalupe se maravilló de lo que Dios y Nuestra Señora habían hecho allí. Refiriéndose a la señal de la presencia mariana dejada en la milagrosa imagen, declaró, citando las palabras de las Escrituras, que «Dios no ha hecho nada igual por ninguna otra nación» (véase Sal 147: 20).

Si queremos entender a la Madre Teresa, imitarla, y seguir sus pasos en el camino a la santidad, la intimidad con Nuestra Señora no es algo periférico ni secundario. Como la propia Madre Teresa experimentó, Nuestra Señora empezará a organizar los acontecimientos y detalles de nuestra vida en cuanto se lo permitamos. Entonces, a medida que ella toma las riendas de nuestra existencia y empieza a ejercer su maternidad espiritual, nuestra vida se convierte cada vez más en una aventura de la gracia. Cuando vivimos ese encuentro cotidiano con Nuestra Señora, confiando en ella para todo, poco a poco María integra todos los aspectos de nuestra vida, construyéndola alrededor de la gracia y el misterio de su Hijo.

⁴⁰ Galleta en forma de lazo. (*N. de la t.*)



Meditación día 12⁴¹

Predisposición a escuchar

El encuentro con Nuestra Señora es sólo el principio. Si yo soy su hijo y ella es mi madre, me hablará. Cada vez que Nuestra Señora se aparece, desde Guadalupe hasta hoy, ella nos habla. Tiene algo concreto que comunicar, no sólo al mundo, sino a cada uno de nosotros. No será necesariamente en forma de palabras audibles. A veces, la Madre Teresa oía a Nuestra Señora que le hablaba de manera audible en el alma, pero por lo general era en la simple receptividad de la fe.

En esa sencilla oración sentía profundamente que Nuestra Señora le comunicaba sus deseos. Todos los que vivían con ella lo presenciaron. Bajo la mirada de sus hermanas y seguidores, la Madre Teresa inspiró sencillas maneras de vivir en estado de intensa escucha a Nuestra Señora.

Para alcanzar ese estado de escucha, no sólo tenemos que ser abiertos mentalmente, sino también dóciles, de voluntad, ante ella. En el Libro de la Sabiduría, del Antiguo Testamento, se aboga por esta clase de docilidad en pasajes en los que la Sabiduría está personificada, desempeñando un papel que la Iglesia siempre ha atribuido a Nuestra Señora:

“Invoqué y vino a mí el espíritu de Sabiduría. La preferí a cetros y tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza...Con ella me vinieron todos los bienes juntos, en sus manos había riquezas incontables; de todas gocé porque la Sabiduría las trae, aunque yo no sabía que las engendra a todas. Aprendí sin malicia, reparto sin envidia y no me guardo sus riquezas; porque es un tesoro inagotable para los hombres: los que la adquieren se atraen la amistad de Dios... Es más bella que el sol y que todas las constelaciones; comparada a la luz del día, sale ganando...” [Sab 7:7-8,11-14,29].

Escuchar a Nuestra Señora requiere una profunda fe en su implicación en mi vida, en el plan concreto que tiene para mí. Del mismo modo que lo tenía para la Madre Teresa y Juan Diego, Nuestra Señora también tiene un plan para mi vida. No está presente sólo para dar un pequeño empuje a mi vida espiritual. Es a ella a quien el Padre ha dado la responsabilidad de mi crecimiento en el conocimiento y la gracia de Jesús.

Debo escuchar su voz, la voz de la Sabiduría, a diario, no sólo una vez al año en algún retiro, o en esos momentos esporádicos en que me siento especialmente conmovido. Si acepto su amor por mí, si acepto el hecho de que me ha elegido, entonces ella y la gracia de Dios harán «tanto por mí» (Lc 1: 49). Aunque Juan Diego, así como la Madre Teresa dijeron en un principio «No, yo no» a Nuestra Señora, insistiendo en que no eran lo bastante buenos ni lo bastante fuertes, al final eligieron confiar en su intercesión y en el poder de Dios, y los milagros empezaron a tener lugar en su vida. Nosotros, también, necesitamos tener conciencia de nuestra nada y del hecho de que ella nos ama y nos elige en Nombre de Dios. En lugar de mirarnos a nosotros mismos, podemos contemplarla a ella a nuestro lado y decir: «Aquí estoy, mándame» (Is 6: 8). Nada de nosotros le sorprende o le repele. Al contrario, nos envuelve en su amor y nos envía a construir nuestro rincón del Reino.

⁴¹ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Meditación día 13⁴² **Consagración**

El paso final de la consagración, o de encomendamiento, supone confiarse a Nuestra Señora, poniendo todo lo que uno tiene y es en sus manos. A menudo, el encomendamiento a Nuestra Señora se ha llamado el «secreto de los santos», que recomendaban entregarle a ella de manera solemne y formal nuestros dones y talentos, nuestras tareas y responsabilidades, y todos los pormenores de nuestra vida cotidiana.

La historia de Guadalupe ofrece una sencilla representación simbólica de la consagración mariana. Cuando a Juan Diego se le dice que pida a la aparición celestial una señal milagrosa, Nuestra Señora le envía a la cumbre del Tepeyac. Le ordena que recoja rosas castellanas que, verá que crecen allí milagrosamente, pese a estar en invierno. Nuestra Señora pide a Juan Diego que se las lleve a ella, de manera que pueda arreglar cuidadosamente las rosas en su manto, antes de que él, las presente ante el obispo de Ciudad de México.

Esas rosas, dadas por Dios y arregladas por Nuestra Señora, representan los dones que Dios nos ha confiado a cada uno de nosotros, empezando por el don de la vida. Nuestra Señora toma esos dones junto con los pormenores de nuestra vida y los arregla, ordenándolos y cuidando de ellos de una manera que nosotros seríamos incapaces de hacer solos. Nos invita a que dejemos que ella disponga de nuestros talentos y circunstancias de cada día. Como con las rosas de Juan Diego, ella los podará, les quitará las espinas, y los arreglará como sólo ella puede hacerlo. Eso es lo que permitió a la Madre Teresa ponerse a sí misma totalmente a disposición de Nuestra Señora, todos los días.

La Madre Teresa dejó que Nuestra Señora dispusiera y arreglara todo en el interior y alrededor de ella, y confió, todo su futuro, a su cuidado. Por eso, aunque se enfrentó a tribulaciones y problemas de todo tipo, la Madre Teresa nunca se preocupó. Todo estaba en manos de Nuestra Señora, la misma que tan tiernamente había dicho a Juan Diego:

«Escucha y llévalo en el corazón, hijo mío pequeño: no tienes nada que temer, no dejes que nada te aflija. Que la preocupación no te nuble el rostro ni el corazón. No tengas miedo ni de este mal ni de ninguna otra enfermedad. Que nada te preocupe ni te aflija. ¿Acaso no estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás a mi amparo, bajo mi protección? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿Acaso no estás en el pliegue de mi manto, en mis brazos cruzados? ¿Qué más necesitas? No dejes que nada te perturbe ni aflija.»

Hace falta disciplina interior. Tenemos que dar a Nuestra Señora, reiteradamente a lo largo del día y de los años, nuestras preocupaciones, dudas, penas, problemas, y todo lo relacionado con nosotros mismos.

Ésa es la clave, el último paso que llevará a una plena relación con ella y que le permitirá a ella intervenir plenamente en nuestras vidas, actuar de nuestra parte como hizo por la Madre Teresa, por Juan Diego, y por tantos otros desconocidos cuya historia nunca sabremos. Sin ese compromiso, sin el regalo de nuestro permiso voluntario, María carece de libertad para actuar. Pero una vez que damos, incluso, los vacilantes primeros pasos de la consagración, Nuestra Señora empieza a entrar en nuestra vida de manera perceptible. Su propósito es

⁴² Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



modelar nuestra alma según el patrón que Dios estableció en ella primero, para vernos transformados en un templo viviente del Señor, en un Arca de la Alianza, para que podamos llevar a Cristo al mundo entero. Así es Nuestra Señora. Así era la Madre Teresa. Así es como podemos ser nosotros, con su ayuda.

Meditación día 14⁴³ **El regalo del corazón de Nuestra Señora**

«Roguemos a Nuestra Señora que nos acoja en su Purísimo Corazón, para que podamos amar a Jesús con un amor íntegro, con un amor Inmaculado como el suyo»
Madre Teresa de Calcuta⁴⁴

Desde el principio, Nuestra Señora

Las convicciones de la Madre Teresa sobre el papel de Nuestra Señora en su vida y en su misión pueden verse ya en funcionamiento en los primeros párrafos de su Explicación a la Regla Original. Leyéndolos podemos hacernos una idea de la relación de la Madre Teresa con Nuestra Señora, en los inicios de su trabajo, una relación que crecería en entendimiento y profundidad con el paso de los años, pero que estaba asentada sobre sólidos e inequívocos cimientos ya desde el principio:

“Para que la Sociedad pueda lograr su fin con más facilidad, que todas las hermanas tengan por Madre a la Inmaculada Reina de los Cielos. No sólo deben amarla y venerarla, sino acudir a Ella con confianza infantil en las alegrías y las tristezas”.

“Debemos imitar sus virtudes y abandonarnos completamente en sus manos”.

“Con María, progresamos más en el amor a Jesús, en un solo mes, que lo que hacemos en años viviendo menos unidas a esta buena Madre” (... de Montfort)⁴⁵.

Hacia el final de la vida de la Madre Teresa, tuve la oportunidad de presenciar cuánto significaba para ella la presencia de Nuestra Señora, y cuán decisiva había sido para el entendimiento de su llamada.

Estábamos a principios de 1996, y sus Hermanas se preparaban para celebrar el quincuagésimo aniversario de la visión del Día de la Inspiración, de la Madre Teresa en Washington, D. C. Después de los festejos y un rápido desayuno, fuimos al aeropuerto y cogimos un avión a Tijuana, México, donde está la sede de la rama de sacerdotes de los Misioneros de la Caridad. Poco después del despegue, la Madre Teresa se puso a mirar por la ventanilla, abstraída en sus pensamientos. De vez en cuando se volvía hacia mí con comentarios que me decían que estaba recordando aquel lejano 10 de septiembre en que experimentó su visión en el tren hacia Darjeeling. En un momento determinado, mientras seguía mirando por la ventanilla, dijo en voz baja: *«Si Nuestra Señora no hubiera estado allí aquel día, nunca habría sabido a qué se refería Jesús cuando dijo: “Tengo Sed”».*

⁴³ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁴⁴ Alocución de la Madre Teresa a las hermanas M. C., 31 de julio de 1996.

⁴⁵ Explicación de la Regla Original, número 4.



*“Pensad en que Dios tiene Sed, y vosotras y yo nos ofrecemos a saciar Su Sed. Pensadlo. Cuanto mejor lo entendamos, mejor podremos saciar Su Sed por el amor de las almas. Rezad de manera especial a Nuestra Señora para que Ella nos lo explique”.*⁴⁶

El mundo interior de Nuestra Señora, y la íntima experiencia de su Hijo, vivida en el Calvario y continuada desde el cielo, se convirtieron más que nunca en el espacio sagrado en el que vivía la Madre Teresa. Ella aludía a ese misterio simplemente como el Corazón de Nuestra Señora. Era la atmósfera espiritual en la que vivía, oraba y servía. Fue allí donde encontraría su lugar a los pies de la Cruz, y su lugar en la Iglesia. La Madre Teresa aprendió de la experiencia que, la presencia de Nuestra Señora a su lado, en los suburbios de Calcuta, de alguna manera purificaba las cosas por muy mancilladas que estuvieran, y las embellecía por muy feas que fuesen. María transformó lo que parecía inalcanzable, abriendo el más oscuro y desolado horizonte al amanecer de la gracia de Dios.

La Madre Teresa enseñó a sus Hermanas y colaboradores que, la de Nuestra Señora, era una presencia que nos ayuda a ver en la oscuridad, una presencia que nos consuela y nos sostiene cuando somos débiles, una presencia que nos recuerda el llanto de su Hijo cuando le olvidamos o seguimos la voz del ego. Reflexionando sobre la fortaleza que encontró en ese ambiente mariano, la Madre Teresa decía una pequeña oración que enseñó a sus Hermanas: *«Acógenos en tu Purísimo Corazón»*. Ella estaba convencida de que, en ese lugar sagrado, todo lo que Dios quería para ella y de ella se haría realidad.

Meditación día 15⁴⁷ **El Inmaculado Corazón de María**

Cuando la Madre Teresa habla del Inmaculado Corazón de Nuestra Señora, se está refiriendo a la perfección del amor de María. A menudo, hablaba del deseo de dar un *«amor íntegro»* a Dios y al prójimo. La única que lo había hecho totalmente era Nuestra Señora; ella es el modelo, la meta, el medio lleno de gracia para lograr ese ideal. La Madre Teresa veía el Corazón de Nuestra Señora, como el modelo de todas las virtudes que valoraba: pobreza de espíritu, humildad, silencio, consideración, premura en el servicio.

Con razón, entonces, la Madre Teresa eligió de santo patrón al Corazón Inmaculado de Nuestra Señora, y estableció el día de su festividad como la fiesta de su orden religiosa. Mientras otras fiestas marianas celebran algún acontecimiento en concreto de la vida de Nuestra Señora, la fiesta de su Inmaculado Corazón apunta precisamente a su vida interior; no a algo que hizo, sino al amor con que lo hizo todo. En el Corazón de Nuestra Señora, la Madre Teresa encontró un camino y una puerta al misterio del Amor de Jesús, por nosotros. El Corazón de Nuestra Señora representó, para ella, la máxima respuesta a Dios de la humanidad, nuestra más alta y plena respuesta a Su Sed de amar y ser amado.

El Inmaculado Corazón de María, se refiere no sólo al amor y las virtudes de Nuestra Señora, sino también al vacío interior de sí misma, a imitación de Cristo, que *«se vació de Sí Mismo»* para salvar a la raza humana. El Corazón de Nuestra Señora es el corazón más vacío de todos los corazones humanos, el más vacío de ego y de orgullo, y por lo tanto el más dispuesto a

⁴⁶ Enseñanzas de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., 15 de febrero de 1997

⁴⁷ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



dar una bienvenida y un abrigo cordiales, a todos aquellos que están desamparados. La Madre Teresa lo vio como la condición, tanto de recibir como de dar a Dios completamente.

El Hogar para los moribundos

El misterio del Inmaculado Corazón de Nuestra Señora está por doquier en el mundo de la Madre Teresa, en sus escritos, en sus oraciones, en las enseñanzas a sus Hermanas, representado en la pared del fondo de todas sus capillas. Pero quizá en ningún sitio ese nombre y ese misterio son más prominentes que en los jardines del Templo de Kali, dedicado a la diosa de la muerte y la destrucción del hinduismo.

La Madre Teresa llamó a esta primera y más querida de sus obras, su Hogar para los Moribundos en Calcuta, «Nirmal Hriday», «Lugar del Corazón Puro». Esa casa de reposo de peregrinos, construida a la sombra del Templo de Kali, fue transformado por la Madre Teresa y sus Hermanas en un refugio para los miles de personas que habían vivido toda la vida en las calles y en las aceras de Calcuta, y que se enfrentaban a la perspectiva de una solitaria muerte en esas mismas calles, sin más Sociedad que la polvorienta procesión de los pies de los transeúntes. Aquí, aquellos que habían vivido en la calle como animales, solos y sin amor, podían «*morir como ángeles, cuidados y queridos*». Este Hogar especial, tenía no sólo el nombre sino también, el misterio del Corazón de Nuestra Señora. Para María es el propio Nirmal Hriday de Dios, su propio Lugar del Corazón Puro.

Nuestra Señora es la casa de reposo de los peregrinos de la compasión de Dios. Es Ella la que ofrece refugio para aliviar nuestra pobreza, nuestra desesperación, nuestra agonía. Nos abre el Corazón, como el Nirmal Hriday, abrió sus puertas a los indigentes de Calcuta. Al igual que el Nirmal Hriday, el Corazón de María es paz en medio de la confusión, consuelo en el sufrimiento, la promesa de nueva vida en nuestra pobreza, la presencia de Dios. Su Corazón es esperanza para nosotros, esperanza de que no sólo podemos morir sino también vivir como ángeles, difundiendo el amor que hemos recibido.

La Madre Teresa y sus seguidores (nosotros incluidos) están llamados a continuar esa imagen, a continuar el misterio de Nuestra Señora, permaneciendo cerca de ella para que podamos convertirnos en un Lugar del Corazón Puro para Dios y para los demás. La Madre Teresa vio las humildes obras de amor, por los pobres que las Hermanas llevaban a cabo, como un reflejo del Corazón de Nuestra Señora en el mundo de hoy.

Meditación día 16⁴⁸ Toda su Confianza

Para comprender cuán total era la confianza de la Madre Teresa en la intercesión y ayuda de María, tenemos que volver a los meses que siguieron a su primera visión. Cuando la Madre Teresa habló a su superiora provincial de su extraordinaria experiencia en el tren a Darjeeling y de su deseo de entrar en los suburbios para servir a los pobres, la madre provincial pensó que podría disuadir a la Hermana Teresa, de persistir en su idea, enviándola fuera de Calcuta, lejos de los suburbios donde ella deseaba servir.

⁴⁸ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Mandaron a la Hermana Teresa a Asansol, en otra parte de Bengala Occidental, donde, sin saberlo sus superiores, continuaron sus extraordinarias gracias. Fue durante ese periodo cuando Jesús la instruyó, por lo general en íntimos diálogos que tenían lugar después de la Comunión, sobre los planes que tenía para ella y para la tarea que iba a emprender, en los que se incluían detalles como el nombre de su nueva comunidad, en el futuro “Misioneras de la Caridad”. Un año y medio después, suponiendo que con el tiempo y la distancia la Hermana Teresa habría olvidado sus extrañas ideas, la trasladaron de nuevo a Calcuta, donde volvió a su antiguo trabajo de directora del colegio femenino, en el que se hablaba bengalí, gestionado por las Hermanas de Loreto.

Gracias a una serie de intervenciones providenciales por parte de las autoridades eclesiásticas de India y de Roma, la Hermana Teresa inesperadamente recibió permiso para dejar su comunidad, para vivir fuera del convento y sin el hábito, aunque manteniendo sus votos religiosos, y empezar su trabajo misional en los suburbios. Con el objeto de prepararse para su nuevo trabajo, la Madre Teresa dejó Calcuta una vez más para pasar un tiempo con las Hermanas Misioneras Médicas en Patna, donde aprendió los rudimentos del cuidado de enfermos y moribundos. Fue al volver a Calcuta, después de su breve curso de medicina, cuando empezó a llevar el sari blanco con borde azul que se convertiría en su sello característico.

Una de las primeras cosas que hizo, vestida ya con el hábito nuevo, fue visitar a su antiguo director espiritual, el Padre Julien Henry, jesuita, a quien había confiado sus sueños de trabajar con los pobres. El Padre Henry sabía de su amor por los pobres, pero desconocía sus extraordinarias inspiraciones. Cuando la Madre Teresa se presentó en su oficina vestida con el sari, en un principio el Padre Henry no la reconoció. Hablaron de los acontecimientos ocurridos desde la última vez que la había visto, en especial de lo que había tenido lugar en lo más profundo de su alma. La Madre Teresa tuvo poco más de cuarenta y cinco minutos para explicarle todo lo que había sucedido, todos sus planes y sus esperanzas, y de cómo emprendería su atrevido, nuevo proyecto a instancias de Jesús.

El Padre Henry la interrogó sobre el futuro. ¿Cómo superaría los enormes retos que la esperaban, una mujer europea sola en las entrañas de Calcuta sin dinero y sin un programa? Ella contestó a sus preguntas lo mejor que pudo, y se despidieron. Al Padre Henry le había impresionado, no tanto la solidez de su proyecto, como su absoluta serenidad y confianza, a pesar de tener tanto en contra. ¿Era ésta la misma monja a quien él conocía tan bien, quien, como decían sus compañeras, se ponía nerviosa incluso para encender las velas antes de la Misa cuando era novicia? Y, sin embargo, irradiaba confianza. El Padre Henry anotó esa histórica visita de la Madre Teresa en su diario:

“Hoy, 19 de agosto de 1949, deja Saint Mary’s, Entally, para trabajar por los pobres en los suburbios de Calcuta. Para esta difícil tarea pone toda su confianza en el Inmaculado Corazón de María”.

Para esa tarea, enormemente difícil, había puesto toda su confianza en el Corazón de Nuestra Señora. ¿Cómo podía alguien tan práctico y con los pies en el suelo, tan realista y poco sentimental, como la Madre Teresa, decir que se disponía a afrontar los enormes retos del trabajo misional en las calles de Calcuta, simplemente poniendo «toda su confianza» en Nuestra Señora? ¿Y por qué específicamente en su Inmaculado Corazón? Porque la Madre Teresa llegó a comprender que el Corazón de Nuestra Señora —es decir, su alma, su naturaleza, la gracia que llevaba en su interior— no era sólo un espacio sagrado, en el que



morar y oír la voz del Crucificado, sino que era un don que Nuestra Señora era capaz de compartir.

Después de rogar que Nuestra Señora «*la tuviera en su Corazón*», la Madre Teresa pidió que Nuestra Señora «*le diera su Corazón*», para que ella pudiera amar al Señor y al prójimo como lo hacía María.

El Carisma y la Espiritualidad de la Madre Teresa es algo completo y natural, y su íntima relación con Nuestra Señora es parte integral de ello. Lo vi en ella a lo largo de los años, como lo vieron tantos de sus colaboradores y Hermanas: que, ante las dificultades, grandes y pequeñas, ella ponía toda su confianza en la presencia y en la ayuda de Nuestra Señora. Si deseamos experimentar la cercanía y el poder de Dios, que era el pan cotidiano de la Madre Teresa, primero tenemos que analizar nuestra relación con Nuestra Señora. ¿Ya le hemos dado nuestra confianza?, ¿hemos puesto nuestras preocupaciones, nuestras debilidades, nuestros pecados, nuestras peleas -con la oración y la vida espiritual- en manos de Nuestra Señora? Y si no, ¿por qué no?

Ése es el primer paso. No podremos seguir a la Madre Teresa si no damos ese primer paso. Eso es lo que separa a la Madre Teresa y su santidad de las dificultades y fracasos de tantos que la admiran y buscan imitarla, incluso entre aquellos que son miembros de su propia orden religiosa. Muchos tienen el mismo amor por los pobres; trabajan día y noche, dedican la misma cantidad de tiempo a la oración, pero no tienen su relación con Nuestra Señora. Debido a eso, no comparten la profundidad de su relación con Jesús Crucificado.

Meditación día 17⁴⁹ Danos tu Corazón

El segundo paso, es pedir a Nuestra Señora, como hizo la Madre Teresa, que «nos dé» su Corazón. ¿Qué significa eso exactamente? ¿Cómo puede Nuestra Señora darnos su Corazón? Cuando le hacían esta pregunta a la Madre Teresa, ella respondía que no se trataba de un mero sentimiento piadoso, sino de una concreta y vivida realidad. Un gran místico y teólogo de los primeros siglos, San Efraín el sirio, escribió una vez: «Que el espíritu de María esté en todas las almas para glorificar al Señor». La relación de Nuestra Señora con Cristo su Hijo, no es algo que se guarde para ella. Es para sus hijos, y ella tiene la capacidad de dispensar tales gracias en abundancia.

Parece claro que algunas de las unciones que el Padre impuso sobre Nuestra Señora y su papel en el Calvario se las impuso después a la Madre Teresa. La misión de la Madre Teresa hizo que la presencia y el papel de Nuestra Señora se hiciera visible a nuestros ojos, recordándonos lo que Nuestra Señora había hecho a los pies de la Cruz, lo que hace eternamente en la liturgia celestial alrededor del trono del Cordero (véase Ap. 5: 11), y lo que hace de manera invisible aquí en la tierra.

*“Os encomiendo a todos a Nuestra Señora, la Virgen Madre de Dios, a quien Jesús entregó en la Cruz para que fuera Madre nuestra también. Que nos dé su corazón, tan hermoso, tan puro, tan lleno de amor y humildad”.*⁵⁰

⁴⁹ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁵⁰ Discurso de la Madre Teresa a los jóvenes, Nápoles, 11 de mayo de 1996



Comunión con María

La Madre Teresa vivió en íntima comunión con la persona y la gracia de Nuestra Señora. María se convirtió en la atmósfera espiritual en la que la Madre Teresa vivía, trabajaba y amaba. Esa íntima, pero poderosa unión interior hizo de la Madre Teresa una especie de prolongación, de la presencia de Nuestra Señora. Muchos colaboradores y Hermanas de la Madre Teresa han comentado su relación con Nuestra Señora en términos similares, hablando de ella como de la encarnación de Nuestra Señora entre nosotros.

La Madre Teresa enseñó a sus seguidores que todos están invitados a participar de esta unción y gracia. Todos están, como San Juan, a los pies de la Cruz de su Hijo, y todos son llamados a encomendarse a María, quien de forma mística permanece a su lado. Le ofrecemos nuestro corazón en consagración, para que Ella pueda «darnos su Corazón» y nos prepare el alma para los inimaginables dones del Espíritu.

Meditación día 18⁵¹ **Vivir el Espíritu de Nuestra Señora** *El Espíritu de la Sociedad*

En los meses y años que siguieron a su experiencia en el tren, empezó a surgir en la Madre Teresa una nueva respuesta de gracia, que ella supo que venía enteramente de Nuestra Señora.

Al final, fue capaz de describir esta nueva gracia por escrito, para mejor definir la manera concreta en la que Nuestra Señora estaba manteniendo la promesa de darle la gracia de su corazón. Práctica era ella, quería no sólo insistir en la importancia de Nuestra Señora para sus Hermanas y seguidores, sino explicar cómo Nuestra Señora compensaba sus insuficiencias espirituales y les acercaba a la santidad a la intimidad con Dios. Esto lo categorizó en lo que ella llamaba el «Espíritu de la Sociedad de los Misioneros de la Caridad», y lo formuló en tres estados del alma: (1) Confianza Amorosa, (2) Entrega Total y (3) Alegría, o Alegre Generosidad. Ella vio que ese triple espíritu era tan esencial que más adelante lo incluyó en los Estatutos de la Sociedad.⁵²

Constantemente presentaba el Espíritu de la Sociedad como una extensión y una participación del espíritu de Nuestra Señora:

“Si nos unimos a Nuestra Señora, ella nos dará su espíritu de confianza amorosa, entrega total y alegría”.⁵³

“Volvemos a estar en Cuaresma, un tiempo precioso en el que Jesús, a través de Su Iglesia, nos pide que no nos olvidemos de Su profundo anhelo por nuestra Confianza Amorosa en Su Amor, expresada en nuestra Entrega Total a Su Amorosa voluntad, de manera que seamos capaces de compartir Su Alegría de ser uno con el Padre.”⁵⁴

⁵¹ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁵² Otro término para «Congregación».

⁵³ Alocución de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., 31 de julio de 1996.

⁵⁴ Alocución de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., 6 de marzo de 1992.



El relato evangélico de la Anunciación y la Visitación (véase Lc 1: 26-56) muestra esta triple respuesta dada por Nuestra Señora. Vemos la *Confianza* de María en la aceptación de la palabra del ángel, como atestiguó Isabel: «Y ¡dichosa tú que has creído [confiado]! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1: 45). Vemos su *Entrega* ante el incierto futuro que supone el plan de Dios: «... cúmplase en mí lo que has dicho» (Lc 1: 38). Y vemos su *don de la Alegría* en la dicha con que responde a la llamada del Señor: «se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador» (Lc 1: 47). Después, vemos a Nuestra Señora comunicando esa alegría a otros: «En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre» (Lc 1: 44).

“Él nos ha dado el espíritu de Nuestra Señora para que sea el Espíritu de nuestra Sociedad... La Confianza Amorosa y la Entrega Total llevaron a Nuestra Señora a decir «Sí» al mensaje del ángel, y la Alegría la hizo salir corriendo a atender a su prima Isabel. Así es nuestra vida: decir «Sí» a Jesús y apresurarnos a servirle en los más pobres entre los pobres”.

*“Permanezcamos cerca de Nuestra Señora y ella hará que ese mismo espíritu se desarrolle en cada uno de nosotros”.*⁵⁵

La dinámica del Amor

Confianza, Entrega y Alegría —el Espíritu de la Sociedad— son la respuesta natural a ser amados total y libremente. No se trata de tres virtudes separadas, sino una única respuesta, tridimensional, para satisfacer el «Infinito Anhelado de Dios de amar y ser amado», comunicado especialmente en Jesús Crucificado.

*El Espíritu [de] nuestra Sociedad —Confianza Amorosa, Entrega Total y Alegría— nació de la experiencia de la Madre [Teresa] de la Sed de Jesús.*⁵⁶

¿Podríamos buscar un paralelismo en nuestra propia experiencia? Pensemos en alguien que ha tenido una infancia feliz, rodeado del amor de sus padres. Pidámosle que describa su infancia y dirá que por encima de todo se sintió querido. ¿Cómo respondió él a ese amor? Sin pensarlo mucho, se descubrió a sí mismo confiando espontáneamente en sus padres y en el cariño que le profesaban. Si le llevaban a algún sitio o hacían algo que él no comprendía por ser demasiado joven, él se conformaba sin preguntar ni quejarse. Se entregaba a lo que ellos hacían sin titubear. Finalmente, recuerda que su infancia estuvo llena de alegría, una alegría que no pudo evitar compartir con su familia y amigos. Ésta es la misma dinámica que vemos en el Espíritu de la Sociedad, la misma respuesta que la Madre halló en su interior, resultado de su vivencia de la Sed de amarla que tenía Jesús.

⁵⁵ Alocución de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., 5 de septiembre de 1997.

⁵⁶ Hermana Fátima — Sebastián, M. C., Summ. 10607.



Meditación día19⁵⁷ **El Magnificat de Nuestra Señora**

Recientemente, se ha sabido que, como tantos otros grandes santos, la Madre Teresa experimentó una dolorosa y larga «noche oscura del alma». En su dolor, fue capaz de encontrar a Dios a través de la fe; no sencillamente creyendo que Dios existía, sino teniendo Total Confianza en Dios, sin insistir en ver o comprender. Esta clase de fe inquebrantable, tan interiorizada en la Madre Teresa, encuentra su modelo en Nuestra Señora. ¿Qué hizo Nuestra Señora en los momentos de oscuridad que tuvo en su vida? ¡Confió! No hizo preguntas, ni se quejó. No huyó. Aceptó la oscuridad, y nunca se retiró de la espada que le atravesaba el corazón. Ella creyó a pesar de las apariencias humanas:

*“A los pies de la Cruz, Nuestra Señora veía sólo dolor y sufrimiento, y cuando cerraron la tumba, ni siquiera pudo ver el Cuerpo de Jesús. Pero, fue entonces cuando la fe de Nuestra Señora, su Confianza Amorosa y Entrega Total fueron mayores. Sabemos que anteriormente, en Nazaret, Jesús no podía obrar ningún milagro porque no tenían fe. Ahora, para obrar Su mayor milagro —la Resurrección—, pide a su Madre la mayor fe. Y como ella pertenecía a Dios por entero en Confianza Amorosa y Entrega Total, Él pudo traernos el gozo de la Resurrección, y María sería la Causa de nuestra Alegría”.*⁵⁸

Nuestra Señora escuchó una sola voz, la de Dios, en lugar de otros miles de voces, voces que hablaban de terribles peligros, de situaciones imposibles, de malentendidos, persecución, rechazo, injusticia, y del indescriptible dolor que le esperaba a Jesús en la Pasión. Ella sólo oyó una voz. En esto no es sólo nuestra Madre sino nuestro modelo. Quiere concedernos ese mismo Espíritu de Confianza y Entrega, igual que hizo con la Madre Teresa.

La humildad de María a la hora de no insistir en saber y comprender le dio una formidable libertad, y le proporcionó a Dios la libertad de recurrir a ella.

El *Magnificat* de Nuestra Señora, quizá el reflejo más completo del Espíritu de María es también un cántico al Espíritu de la Sociedad de la Madre Teresa, y proporciona un patrón para nuestras propias actitudes del alma. El poder del *Magnificat* reside en la consciencia por parte de Nuestra Señora, de ser inmensamente amada por Dios, elegida especialmente. Ella no cree merecerlo. Sabía que Dios la amaba en su insignificancia (véase Lc 1: 48). Esta experiencia de amor lleva a Nuestra Señora a una Confianza y una alabanza espontáneas y la libera del egoísmo. Pero en este poético salmo, Nuestra Señora canta el Amor de Dios no sólo hacia ella, sino hacia todos. La mayor parte del *Magnificat* se regocija con lo que Dios ha hecho por Israel y por la humanidad desde el principio de los tiempos. Esta alegría, basada en la Confianza y la Entrega, acompañará a Nuestra Señora durante todo el camino hasta el Calvario, la sostendrá en el entierro de su Hijo y la mantendrá firme hasta el Domingo de Resurrección.

La señal inconfundible de un cristiano practicante es la libertad de alabar, la libertad de cantar el propio *Magnificat*. Nuestra Señora nos acompaña en este proceso, e incluso donde hay pérdida necesaria o dolor saludable ella lo transforma todo en alegría. Libera nuestro espíritu para que escribamos nuestro propio *Magnificat* con los versos de nuestra vida, nos libera de la queja para vivir en alabanza. Nos da su corazón para que podamos vivir su

⁵⁷ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁵⁸ Alocución de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., 14 de marzo de 1997.



espíritu. Al igual que la Madre Teresa, irradiaba alegría en medio del dolor, nosotros también podemos irradiar la alegría del espíritu de Nuestra Señora a todos aquellos con quienes entremos en contacto. Que el nombre que la Madre Teresa dio a Nuestra Señora, el fruto de su constante experiencia en su Sociedad se convierta también en nuestra experiencia: Inmaculado Corazón de María, Causa de nuestra Alegría, danos tu Corazón.

Meditación día 20⁵⁹
En Silenciosa Oración con María
El Silencio del Corazón

Lo primero que notaba la gente en la Madre Teresa cuando ésta iba a la oración era que, inmediatamente se sumía en las profundidades de su ser. Sus palabras más repetidas en la oración eran: «*Dios habla en el silencio del corazón*».

En el corazón, no en la cabeza.

La Madre Teresa siempre enseña lo que Nuestra Señora plasmó para nosotros: que no podemos orar satisfactoriamente quedándonos en la superficie del alma. Eso nos deja como una taza de papel en la superficie del mar, zarandeados por las olas y el viento de la distracción. En cambio, si profundizamos, como un buzo en busca de perlas preciosas, encontraremos paz y tesoros. Las perlas no flotan en la superficie. Podemos pasar el día entero en el agua, de la misma manera que podemos pasar el día entero en oración, y volver a casa con las manos vacías, a menos que penetremos en las profundidades. La conciencia despierta normalmente se localiza en el nivel de la «cabeza». Ahí es donde tenemos los cinco sentidos, y donde nos relacionamos con el mundo. Pero ese no es el lugar del encuentro con Dios. Tenemos que pasar al nivel del corazón. El corazón, según la Madre Teresa, entendía a Nuestra Señora y su vida interior, representa el lugar del silencio interior, no de los sentimientos ni del sentimentalismo, sino de la profundidad interior, el silencioso lugar donde Dios habla.

A medida que nos internamos en ese profundo lugar del corazón, nos abrimos a la actividad del Espíritu Santo. Si dejamos que haga su trabajo en silencio, percibiremos que algo pasa en lo más profundo de nuestro ser. Empezamos a darnos cuenta de que sólo Dios puede amarnos de esa manera. Ningún ser humano puede darnos tanto amor, ni infundirnos amor tan profundo.

Cuanto más descubrimos la magnitud y la abundancia de los dones de Dios, más encontraremos en nosotros mismos lo que la Madre Teresa experimentó en Nuestra Señora. Empezamos a esperar cosas buenas de Dios. Esperamos que nos bendiga de una forma especial. Nos descubrimos a nosotros mismos deseando que llegue cada nuevo día, como un niño en víspera de Navidad. ¿Qué sorpresa de amor me tiene el Padre preparada para hoy? ¿Qué dones tiene preparados para mi familia? Entramos en un estado de fe. Ésa era la actitud y el aliento de vida de Nuestra Señora. Como Jesús nos asegura en el Evangelio, según nuestra fe así se hará con nosotros. Quizá esperamos menos los milagros de Jesús porque nos hemos familiarizado con Él o con lo que creemos que sabemos de Él. Con nuestra falta de fe, le atamos las manos a Dios. Como no esperamos milagros, no ocurren.

⁵⁹ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Toma, Señor, recibe

Cuando experimentamos que Dios nos llena con Su Amor y Sus Bendiciones, con el fruto de la constante entrega de Sí Mismo, nosotros nos sentimos movidos a entregarnos y ofrecernos a cambio. Eso también empieza en la oración. En esta clase de oración, no importa lo que sintamos o en qué condiciones estemos para orar; da igual que nos encontremos enfermos, cansados o con dolor de cabeza. Estamos volcándonos a los pies del Señor.

Nuestra Señora enseñó a la Madre Teresa que, incluso el dolor podía convertirse en un lugar de oración. Lo que al mundo parece una ausencia de la presencia de Dios, se convierte en un lugar de encuentro. De la misma manera que Job se sentó sobre cenizas, nosotros podemos sentarnos sobre nuestro dolor ante el Señor Crucificado. En vez de luchar contra el dolor que nos distrae de la oración, podemos integrar nuestro sufrimiento en la oración. Podemos elevar nuestro dolor al Señor en la Cruz, y sostenerlo ante Él. Podemos estar ahí en paz, incluso en la oscuridad, con esa parte de nosotros que dice: «¿Por qué, Señor?». Si permanecemos ahí con nuestra desolación, damos a Jesús la oportunidad de ser nuestro Salvador, de volver a ser nuestra Resurrección en el presente, de llevarse ese dolor y ese problema y convertirlos en parte de Su propia Pasión, y la entrada para compartir Su Resurrección.

Cristo tiene el poder de hacerlo, si le damos permiso. Él transformará nuestro sufrimiento y lo elevará hasta el Padre. Aunque puede que el dolor permanezca, nuestra angustia se convertirá en paz. Tendrán curación la amargura, el resentimiento, la desesperación. Jesús no nos quita todas nuestras heridas, como tampoco el Padre borró las suyas. Más bien, las desinfecta y las glorifica. Para Jesús, la Resurrección no fue una sala de urgencias donde el Padre pudiera eliminar todas las señales de la Pasión. Jesús se elevó con sus heridas, transmutadas de oscuridad en luz, horadadas en sus manos en el tiempo y en el dolor y convertidas ahora en fuentes de luz, bendición y gloria.

Como, tampoco, es la Resurrección de Jesús una recompensa por haber sufrido. Es más bien un imparable estallido de gloria que se derrama por el triunfo del Amor en la Cruz. Cuando la plenitud del Amor del Padre se reveló y liberó en la Muerte de Jesús, Su poder se introdujo primero en el Cuerpo de Jesús en la Resurrección, y un día llenará y elevará el mundo entero. El Señor hará con nuestras heridas lo mismo que hizo con la indescriptible herida que atravesó el Corazón de Nuestra Señora, para que nosotros también nos alcemos con Él.

Meditación día 21⁶⁰ El Rosario: la Oración preferida de la Madre Teresa

La oración favorita y más frecuente de la Madre Teresa, cuando se ejercitaba en la unión con Nuestra Señora, era, sin duda, el Rosario.

El Rosario se convierte en auténtico rezo del corazón cuando lo rezamos despacio y con hondura, cuando buscamos un nivel más profundo del alma, permaneciendo en el nivel del corazón, envueltos en Nuestra Señora, meditando con ella sobre los acontecimientos de nuestra salvación en su Hijo Jesús.

⁶⁰ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



El poder especial del Rosario, como medio de gracia, de entrar en el espacio sagrado tanpreciado por la Madre Teresa, ha sido subrayado por Nuestra Señora prácticamente en todas las apariciones alrededor del mundo, por no hablar de las palabras que le dijo a la Madre Teresa:

«Cuida de ellos—son míos. —Llévaselos a Jesús—tráeles a Jesús. —No temas. Enséñales a rezar el Rosario—el Rosario en familia y todo irá bien...»⁶¹

Aunque a menudo se malinterpreta, y por lo tanto se reza mal, el Rosario es, en efecto, una forma de oración contemplativa. El Papa Juan Pablo II escribió, en su carta apostólica sobre el Rosario:

*“El Rosario, precisamente porque empieza con la propia experiencia de María, es una oración sumamente contemplativa. Sin esta dimensión contemplativa, perdería su significado, como señaló claramente el Papa Pablo VI: «Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma, y su recitación corre el riesgo de convertirse en una repetición mecánica de fórmulas, contraviniendo la admonición de Cristo: “... cuando recéis, no seáis palabreros como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán más caso” (Mt 6: 7). “Por su naturaleza, la recitación del Rosario exige un ritmo tranquilo y un paso lento, que ayude al individuo a meditar sobre los misterios de la vida del Señor tal como los vieron los ojos de quien más cerca estuvo del Señor. De esta manera se nos revelan las inconmensurables riquezas de esos misterios”» (exhortación apostólica *Marialis Cultus* [2 de febrero de 1974, 47: AAS [1974], 165).⁶²*

Los que vivieron con la Madre Teresa sabían que siempre llevaba el rosario en la mano, en todo lo que hacía y adondequiera que fuese. Ésa era su forma, no sólo de ir de la mano de Nuestra Señora, sino de recordar y revivir su visión fundadora. Esta visión nos ayuda a comprender y, si así lo deseamos, a seguir a esta humilde galardonada con el Premio Nobel, que puso toda su confianza en el Corazón de María, y que pasó la vida como sin duda está pasando la eternidad, al amparo de Nuestra Señora.

Meditación día 22⁶³ Contemplativas en el corazón del mundo

La Madre Teresa insistía en que ella y sus Hermanas, y todos aquellos que desearan vivir su Carisma, estaban a ser llamadas contemplativas en el corazón del mundo, contemplativas en medio de la acción. Pero, para hacerlo, primero tenían que aprender lo que significaba ser contemplativas.

San Ignacio decía que la oración contemplativa, «la oración del corazón», la oración de la profundidad interior supone ir más allá de las formalidades y de los tiempos establecidos.

⁶¹ Brian Kolodiejchuk, M. C., *Mother Teresa: Come Be My Light* (Doubleday, Nueva York, 2007), p. 99. Versión castellana de Pablo Cervera, Ven, sé mi luz, Planeta (Testimonio), Barcelona, 2008.

⁶² *Rosarium Virginis Mariae*, 12 (16 de octubre de 2002). Énfasis en el original.

⁶³ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Es la capacidad de «buscar y encontrar a Dios en todas las cosas». Buscar y encontrar a Dios en todas las cosas era el secreto de la Madre Teresa para la oración incesante, un secreto que recibió de Nuestra Señora quien «conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su interior» (Lc 2: 19).

Antes de encontrar a Jesús Nuestro Señor, en lo que la Madre Teresa llamaba los penosos disfraces del sufrimiento y el fracaso, tanto míos como los de mi familia y amigos, tenemos primero que, ser expertos en la vida contemplativa, maestros en encontrar a Dios en los pequeños detalles de la vida. Dios está en todas las realidades. ¿De qué otra manera podría la Madre Teresa haber trabajado cincuenta años en las peores condiciones, de no haber tenido conexión con algo real y divino escondido bajo la superficie? ¿Cómo podría haber mantenido su paz y su alegría ante tanta tragedia humana sin una visión más profunda y más amplia? ¿Y de qué fuente podría haberse sacado y alimentado esa visión de fe sino en oración con Nuestra Señora? «*El fruto de la oración es la fe*», solía decir la Madre Teresa a las multitudes que se congregaban siempre que hablaba en público. Si vivimos sólo en la superficie de las cosas, rechazamos lo que no entendemos, lo que duele o cuesta o nos frustra. Pero Dios está ahí.

Los frutos de la Oración profunda

La unión, en oración, de la Madre Teresa con Nuestra Señora, no sólo produjo clarividencia, luz en la oscuridad, sino también fortaleza y una resistencia heroica. En una ocasión, cuando visitaba a sus Hermanas en Tanzania, el pequeño avión se desvió repentinamente de su trayectoria durante el aterrizaje y se dirigió hacia la multitud de seguidores que habían acudido a recibirla. Las hélices del avión destrozaron literalmente a dos Hermanas, que murieron en el acto. La Madre Teresa tuvo que afrontar el hecho de que, de alguna manera, ella había sido la causa de su muerte. Cuando bajó del avión y vio la trágica escena, se la oyó decir en voz baja: «*Es voluntad de Dios...*». Nada más, ninguna otra cosa. Sólo una vida de profunda oración puede proporcionar esa clase de profunda fe.

Una fe semejante procede de un corazón bien entrenado en encontrar a Dios en todo. Ése era el don de Nuestra Señora, quien, mucho antes que la Madre Teresa, se halló en otro Calvario y dijo: «Voluntad de Dios». Puede que nosotros no estemos a ese nivel, pero podemos empezar a caminar en esa dirección, a caminar apacible, devotamente, a través de las contradicciones de la vida cotidiana. La clave está en vivir devotamente en Sociedad de Nuestra Señora.

Si tuviéramos «fe como un grano de mostaza» (Mt 17: 20), Dios movería montañas por nosotros en su determinación a bendecirnos. Veremos por nosotros mismos lo que Nuestra Señora y la Madre Teresa sabían íntimamente, que «Él coopera en todo para su bien» (Rom 8: 28). Eso es verdad para todos aquellos que aman a Dios, siempre. Pero para tener esa clase de visión de fe, tenemos que orar profundamente, no basta una Misa mecánica los domingos, o algunas rápidas oraciones antes de irnos a la cama. Cuando oramos, antes de abrir la mente o los labios, tenemos que abrir el corazón. Nuestra Señora nos enseña a rezar antes de rezar, a suspirar por Jesús, que suspira por nosotros, antes de que nos acerquemos a Él.

San Ignacio expresó este principio en dos famosas meditaciones de sus Ejercicios Espirituales, que modelarían la vida de oración de la joven Madre Teresa. De niña, en su parroquia de Skopje, Macedonia, y luego de religiosa de la orden de Loreto, se formó en la espiritualidad de San Ignacio. En sus Ejercicios, Ignacio muestra cómo Dios utiliza todas las cosas creadas



para bendecirnos y llevarnos a Él. Todo en nuestra vida está entrelazado en el plan perfecto del Padre. El ejercicio de Ignacio para el final de la oración, la Contemplación para Alcanzar Amor, sobre el que la Madre Teresa meditaría todos los años durante su retiro anual, nos lleva no sólo a comprender el Amor que Dios nos tiene, sino a llenarnos de ese Amor Divino, en un nivel cada vez más profundo, de manera que le amemos a Él y a los demás con el mismo amor que recibimos.

San Ignacio nos muestra que el Amor, por su propia naturaleza, se da a Sí Mismo. Dios se comunica otorgando sus dones. Todo lo que Dios hace en nuestra vida nos llena de Él, si tenemos ojos para ver. Una vez que nos hemos dado cuenta de ello, a través de la oración, realmente podemos ayudar a otros en sus momentos de dolor y crisis. La gente necesita algo más que nuestra compasión; necesita la luz del conocimiento de la presencia de Dios entre ellos. Nuestra fe, desarrollada en la oración, puede ofrecer a la gente cualquier cosa de la que carezca en su lucha con la fe. De la misma manera que la Madre Teresa comunicó su fe a millares de personas que malvivían en las calles de Calcuta, o que agonizaban en su Hogar para los Moribundos junto al Templo de Kali, o que la escuchaban en Europa y en América, así podemos compartir nosotros la luz que hemos recibido. Una sola llama puede incendiar todo un bosque, y una sola palabra de luz, una palabra dicha con fe y nacida de la oración puede esparcir esa misma luz a un alma sumida en la oscuridad y la duda.

Meditación día 23⁶⁴ El Examen Diario

San Ignacio entrelaza todos esos principios en un simple ejercicio diario llamado "el Examen". Es más que un simple examen de conciencia. Es un fervoroso examen de lo que Dios me da y hace por mí cada día. Echamos la vista atrás para recuperar los dones y las gracias que hemos pasado por alto, pero que siguen activos en los acontecimientos del día. Como piezas de un gran mosaico, todas las gracias de Dios son importantes. El Padre desea que sus hijos estén equipados con la gama completa de gracia y amor que ha preparado para ellos día tras día. El Examen es un medio que la Madre Teresa utilizaba para iniciarse en la práctica de Nuestra Señora, de «reflexionar» sobre las grandes y pequeñas obras que Dios hace todos los días.

Una manera práctica de hacer el Examen es pensar con devoción, antes de acostarse, en cinco dones o bendiciones que hayamos recibido durante el día. Si lo hacemos a diario, nos hacemos más conscientes de los dones de Dios, y de Dios mismo como otorgador de dones, en lugar de sólo como juez. Empezamos a ver su bondad donde antes solamente veíamos su supuesta ausencia. Como la Madre Teresa, podemos hacer este Examen con Nuestra Señora, que nos ayudará a ver, a través de sus ojos, el plan y la presencia de Dios a nuestro alrededor. Nuestra Señora nos ayuda a ver y experimentar el Amor constante de Dios. Cuanto más vemos con nuestros ojos, más experimentamos con el corazón. Y cuanto más experimentamos con el corazón, más capaces nos volvemos de ver con nuestros ojos en la próxima ocasión.

A partir de aquí, podemos pasar a la segunda parte del Examen, en la que descubrimos cinco momentos en los que se nos invitó a darnos a nosotros mismos, cinco ocasiones en las que la gracia nos invitaba a la generosidad. Entonces damos gracias a Dios cuando nos ha salido

⁶⁴ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



bien, y pedimos alivio y perdón cuando hemos luchado y hemos fracasado. Esta práctica nos ayuda a reorientar nuestra sed de Dios, el único que verdaderamente puede satisfacernos. La Sed que Dios tiene de nosotros sólo se corresponde con nuestra sed de Él.

Cuando nos tomamos unos momentos para «rezar antes de rezar», para buscar a Dios y la unción de Su presencia en todas las cosas, nos adentramos en esa presencia y descansamos ahí, nos quedamos ahí, aprendemos a vivir ahí. San Ignacio recomienda meditar sobre un pasaje de las Escrituras hasta que sintamos cierta moción interior, lo que él llama «consolación» en el sentido de una moción de gracia. Esperamos sentirnos tocados. Una vez que hemos experimentado ese toque de gracia, nos quedamos ahí el tiempo que dure. Esto es aplicable a la oración en general. Empezamos la oración esperando cierta sensación de Dios. Una vez que la encontramos, nos quedamos ahí.

A veces parecerá más superficial, otras nos llegarán muy hondo. Es mejor no empezar recitando oraciones formales hasta saber la profundidad a la que el Señor desea llevarnos. Se trata de un proceso silencioso; es como si estuviéramos en una habitación llena de puertas cerradas con llave en la oscuridad, tanteando el camino, tocando con suavidad cada puerta para ver si se abre, entrando finalmente por una de ellas en la Presencia. Una vez más, nos asiste Nuestra Señora. Ella es una ayuda incomparable a la hora de entrar en este silencio interior. Como la Madre Teresa en su visión, nos dejamos envolver por la presencia de Nuestra Señora antes de acercarnos al misterio de Dios. Con ella, profundizamos más en las palabras de su Hijo, sobre las que ella reflexionó tanto tiempo y tan bien.

Podemos hacer algo similar durante el día, fuera de las horas de oración. Esperamos la unción con Nuestra Señora, y en cuanto percibimos la presencia de Dios, descansamos en ella, tanto si nos encontramos con esa presencia mientras conducimos, hacemos la contabilidad o caminamos por la calle. Empezamos a ser más conscientes de la unción de Dios en todo; se convierte en algo habitual.

En las cruces de la vida

Nuestra Señora nos ayuda, como descubrió la Madre Teresa en la tercera visión, a hacernos contemplativos al pie de la Cruz. Como la Madre Teresa, nosotros también llegamos a comprender que el grito de Jesús en la Cruz, «Tengo Sed», es Divina Palabra creadora, poderosa palabra que nos atrae hacia Él. Mediante este grito de Sed, de Anhelos, Dios, en Jesús nos atrae hacia Él, y eso significa también hacia Su Cruz. Esto hará, siempre que permanezcamos cerca de Nuestra Señora, a pesar de nuestros miedos, nuestra pereza, nuestros apegos. A veces incluso nos sentimos atraídos, aunque a menudo no sabemos cómo responder. Al lado de Nuestra Señora, experimentamos más claramente esa atracción de Cristo y Su Cruz. También entendemos mejor su opuesto, la atracción hacia nuestros falsos anhelos, nuestra propia voluntad, nuestra propia tranquilidad, nuestra propia glorificación. María es el lugar donde toda esa falsedad puede nombrarse y purificarse con un mínimo de esfuerzo y dolor. Con el paso del tiempo, al seguir viviendo con ella con confianza y obediencia, nos sentimos purificados. Nuestra alma, como una esponja seca y sedienta, empieza a absorber el espíritu que se derrama de la vida interior de Nuestra Señora, como Isabel captó el espíritu interior de María en su Visitación.



Muchos de nosotros, desde nuestra infancia, hemos sabido cómo rezar a Nuestra Señora. La diferencia aquí está en que la Madre Teresa nos invita a una continua relación con María: “No pensemos que estamos trabajando con ella si sólo decimos algunas oraciones en su honor. Tenemos que vivir con ella de forma habitual...”⁶⁵

A la luz de la presencia de María todo se vuelve diferente, y vemos de una nueva manera la belleza de la presencia de Dios en nosotros y a nuestro alrededor.

Meditación día 24⁶⁶ Contemplativos en el mundo

¿Cómo vamos entonces a hacernos contemplativos, a rezar más hondamente? Muchos de nosotros experimentamos que nuestro primer fervor en la oración iba haciéndose cada vez más árido, y que teníamos dificultades para no distraernos. Eso es lo que la tradición de la Iglesia ha llamado la Noche de los Sentidos, algo que la Madre Teresa vivió extremadamente, en la que ya no sentimos la unción de la gracia con nuestro aparato emocional. Cuando esa noche llega, a menudo, o dejamos de orar o, en caso de que continuemos orando, lo hacemos superficialmente. Esto nos produce insatisfacción con nuestra vida de oración, y nos sentimos frustrados en nuestra sed de Dios. ¿Qué es lo que en realidad sucede cuando hay aridez en el nivel emocional del alma, una aridez que la Madre Teresa conocía demasiado bien? Como el gran místico español San Juan de la Cruz nos dice, la unción no ha desaparecido; sólo se ha mudado. Esa fuente viva de gracia no se nos ha retirado; está más profunda, más allá de los sentidos.

Tradicionalmente, dos respuestas a esta lucha han dado lugar a dos espiritualidades diferentes. La primera se llamó *fuga mundi* o «huida del mundo». Esta respuesta se apoya sobre la convicción de que uno debe alejarse del ruido del mundo si quiere encontrar a Dios. Para rezar, tenemos que apartarnos, lo más lejos posible, de todas las distracciones. Según el segundo tipo de espiritualidad, representada tanto por San Ignacio como por la Madre Teresa, elegimos buscar a Dios en todas las cosas, incluso en las peores cosas, en el dolor y en la pobreza, en la Cruz. Lo que parece oscuridad se convierte en luz. Lo que parece derrota, para Jesús en Su Pasión o para nosotros en nuestros sufrimientos, se convierte en victoria.

Jesús dijo a la Madre Teresa que su vida interior sería su único apoyo en la difícil misión que estaba emprendiendo. Aquí reside la importancia del Examen diario: la hizo, y puede hacernos a nosotros, «contemplativos en la acción». Permitted a la Madre Teresa ver y tocar a Jesús en los pobres. De otro modo, los pobres ya no son Cristo, sino sólo una causa.

La Madre Teresa tenía una marcada conciencia de las intervenciones de Dios en todo. Esa conciencia la llenó de un espíritu de asombro. Para ella se convirtió en una fuente de alegría y de estímulo. La primera vez que tuve ocasión de viajar con la Madre Teresa, le pregunté: «¿Cómo es vivir lo que usted vive allí en Calcuta?». Pasó el resto del viaje relatando con innumerables ejemplos cómo cuida Dios de sus hijos.

⁶⁵ Explicación de la Regla Original, número 4.

⁶⁶ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Tardé muchos años en entender que trataba de enseñarme a buscar a Dios a mí alrededor, incluso en los peores lugares. A sus ojos, los milagros ocurrían por doquier. Dios no se había quedado ni sordo ni paralizado; seguía obrando poderosamente en todas las cosas.

Recordando al menos cinco bendiciones todos los días, viendo con los ojos de la fe la presencia y la bondad de Dios en todo, empezamos a comprender el corazón de Dios. Empezamos a ser como la Madre Teresa: con una enorme capacidad de asombro, y espontáneamente enérgicos y pletóricos de alegría, porque nos damos cuenta de que todo es un don; todo es gracia.

Meditación día 25⁶⁷ **La Consagración a Nuestra Señora**

La manera práctica de la Madre Teresa, de vivir la intimidad con Nuestra Señora y su dependencia de ella, simbolizada en sus tres visiones, era a través de la práctica del “Encomendamiento Mariano” o «Consagración». Ése era el medio por el que ella y sus seguidores llevaban a Nuestra Señora en el corazón:

*“Ella [María], como primera Misionera de la Caridad, se apresuró a ayudar a Jesús en la santificación de Juan..., y lo mismo hará con vosotras y conmigo si la amamos de manera incondicional y confiamos en ella plenamente. Cuanto más nos entreguemos a ella sin reservas, mayor será el número de santos en nuestra Sociedad, pues nada es imposible para aquellos que la tienen por madre. Con frecuencia durante el día, elevemos el corazón hacia ella y preguntémosle cómo haría ella esto o aquello si estuviera en nuestro lugar, y sobre todo cómo amar a Dios como ella le amó, para que nosotras le amemos con su corazón”.*⁶⁸

Juan Pablo II escribió que la consagración a Nuestra Señora da lugar a «una vida de intensa comunión y familiaridad con la Santísima Virgen, como una “nueva manera” de vivir para Dios».⁶⁹ Le entregamos todo lo que tenemos y somos —pasado, presente y futuro— para que ella pueda continuar, a través de nosotros, su misión en la tierra:

*“Cuánto necesitamos que María nos enseñe lo que significa saciar la Sed de Amor de Dios hacia nosotros que Jesús vino a revelarnos... Ella lo hizo maravillosamente. Sí, María dejó que Dios tomara posesión de su vida por Su pureza, Su humildad y Su amor fiel... Así, como hizo María, Madre nuestra, nosotras dejaremos que Dios tome entera posesión de todo nuestro ser, y a través de nosotras Dios podrá llevar Su Sed de Amor a todos con los que estemos en contacto, sobre todo a los pobres, que Él nos ha encomendado”.*⁷⁰

Aunque Nuestra Señora es Madre de todos, la Madre Teresa se dio cuenta de que la misión encomendada a ella y sus seguidores (entre los que se incluyen los muchos laicos que en todo el mundo buscan vivir en su propio ambiente el espíritu de la Madre Teresa), hacía que pertenecieran a María de una forma especial. Por eso, enseñó a las Hermanas a rezar:

⁶⁷ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁶⁸ Alocución de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., 18 de junio de 1972

⁶⁹ Meditación del Ángelus (24 de julio de 1988).

⁷⁰ Alocución de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., agosto de 1992.



*«Inmaculado Corazón de María, Causa de nuestra Alegría, bendice a tus Misioneras de la Caridad. Ayúdanos a hacer todo el bien que podamos. Mantennos en tu Purísimo Corazón, para que podamos agradecer a Jesús a través de ti, en ti y contigo».*⁷¹

Alianza Personal

La comprensión de Madre Teresa, de las profundas exigencias a las que fue llamada en su relación con Dios, con Nuestra Señora y con los pobres, la llevó a una radicalidad y a una generosidad que hicieron de ella la santa en la que se convirtió. Aunque no era sentimental, la Madre Teresa era extraordinariamente cariñosa. Hablaba de aferrarse a Jesús, y empleaba un lenguaje conyugal de lo más apasionado. Utilizaba un tono igual de efusivo, el de una criatura que ofrece todo su corazón a su madre, al referirse a la entrega a Nuestra Señora.

Aferraos a Nuestra Señora⁷²

La forma en que «nos aferramos a Nuestra Señora», según la Madre Teresa, es estableciendo una Alianza Personal de vida con ella. Ésa fue la clase de alianza que Jesús mismo estableció entre Su Madre y San Juan, en el Calvario, cuando les dijo: «Mujer, ése es tu hijo. Y luego al discípulo: Ésa es tu Madre» (Jn 19: 26-27). Nuestra relación de alianza con Nuestra Señora es una especie de Consagración por la que nos encomendamos y nuestra vida entera, completamente a ella, y de ese modo nos convertimos en «especialmente suyos». La Consagración a Nuestra Señora no es una cuestión de palabras; es una alianza de vida compartida con ella al servicio de su Hijo.

Las primeras Hermanas Misioneras de la Caridad comprendieron claramente, desde el principio, la importancia que la Madre Teresa atribuía a que lo encomendaran todo a Nuestra Señora. Ellas recuerdan que el método de la Madre Teresa era muy, muy sencillo; «siempre, siempre nos decía que acudiéramos a nuestra Madre —Nuestra Señora— y que nos aferráramos a ella como un niño pequeño. Esto lo aprendí de la Madre Teresa desde el momento en que ingresé».⁷³

“[La Madre Teresa] nos exhortaba a que hiciéramos la Consagración Total a Nuestra Señora, con una preparación de 30 días, según San Luis de Montfort. Lo hacemos fielmente y renovamos la Consagración total a Nuestra Señora todos los años... La Madre Teresa nos enseñó que cuando acudimos a Nuestra Señora con confianza de niño, todo se vuelve más fácil. Siempre nos dirigía hacia Nuestra Señora y continuamente nos ponía a Nuestra Señora como ejemplo para todo”.⁷⁴

La Madre Teresa entendía que sólo cuando Jesús veía tal alianza establecida en nuestros corazones, nos confiaba los secretos de Su Anhelante Amor. Ambas cosas fluyen de la una a la otra, como los dos pasajes que las registran aparecen de manera consecutiva. «Ésa es tu Madre» y «Tengo Sed» (Jn 19: 27, 28). Vivir en una relación de alianza con ella no significa sólo que, como San Juan, la tengamos en nuestra casa («desde entonces el discípulo la tuvo en su casa», Jn 19: 27), como una presencia en nuestra vida diaria, sino que le concedamos autoridad sobre nosotros y todo lo nuestro.

⁷¹ Misioneras de la Caridad, Devocionario.

⁷² Enseñanzas de la Madre Teresa a las Hermanas M. C.

⁷³ Hermana Fátima — Sebastián, M. C.

⁷⁴ Hermana Fátima — Sebastián, M. C.



Nuestra Consagración puede resumirse de la siguiente manera: consiste en el propósito de permanecer siempre en su corazón, despreocupados, sin apegos ni inquietudes, en constante oración desde lo más profundo del corazón y con voluntad de obediencia:

*“Consagremos todas juntas nuestra vida totalmente a Ella..., de manera que a través de su orientación y ayuda cada una de nosotras [pueda] convertirse en verdadera Esposa de Jesús Crucificado, en una verdadera M[isionera] de la C[aridad]”.*⁷⁵

A continuación, se detallan ocho componentes esenciales necesarios para la clase de auténtica y fructífera Consagración que la Madre Teresa alentaba.

1. **Seguridad total en María**, en su papel y poder en nuestra vida, con la convicción de que juntos podemos y lograremos realizar nuestra vocación y alcanzaremos la unión con Dios a la cual estamos llamados.
2. **Presencia:** Fe en la realidad y constancia de la presencia de María en nuestra vida cotidiana; sabiendo que ella está siempre con nosotros, que siempre nos oye y que su amorosa mirada no deja de penetrar en nuestra alma.
3. **Confianza absoluta en ella**, en todo lo que hace en nuestra vida en el momento presente, y en todo lo relacionado con nuestro futuro, con la certeza de que ella lo dispone todo por nuestro bien.
4. **Abandono:** La realización de esa confianza; el acto de libre cooperación con la actividad de Nuestra Señora en nuestra vida; abandono en las circunstancias específicas en las que vivimos, y como actitud general del alma, dejando que ellas nos guíen, entregándole todos nuestros apegos, preocupaciones, expectativas y deseos, y ofreciéndole el regalo de nuestra obediencia interior y exterior.
5. **Entrega de nosotros mismos:** Ponernos a su servicio, llevar a cabo su plan y ayudar en el cumplimiento de su misión; dar al Señor, a través de ella, todo lo que tenemos y somos, todo nuestro ser y lo que nos concierne.
6. **Entrar en su Corazón:** Vivir en el templo de su ser interior, en comunión espiritual y oración incesante con ella; morar con ella en la presencia de la Trinidad; escucharla y aprender de ella; saber que nuestra alma se transformará en la imagen de Jesús por obra del Espíritu que habita en su interior.
7. **Compartir su oración:** Meditación sobre la Palabra de Dios con ella, escuchando a Jesús.
8. **Compartir su misión:** Vivir a los pies de la Cruz con ella; llevando con ella a Jesús a los desorientados, los desfavorecidos, los desheredados; ser el cauce de su presencia y actividad, completamente a su disposición al servicio de Jesús en aquellos que Dios ha puesto en nuestra vida; consolarla y compartir su pena por el sufrimiento de su Hijo y el Cuerpo Místico.

⁷⁵ Alocución de la Madre Teresa a las Hermanas M. C., 15 de noviembre de 1996.



En la medida en que seamos en ella y de ella, seremos en y de Cristo el Señor; en la medida que ella sea en nosotros, viviendo y orando, sirviendo y consolando, canalizando las aguas del Espíritu del Amor, podremos vivir las mismas gracias que vivió la Madre Teresa, en la Calcuta de nuestras propias vidas:

“Con María, progresamos más en el amor a Jesús en un solo mes, que lo que hacemos en años viviendo menos unidas a esta buena Madre” (citando a De Montfort).⁷⁶

Para resumir el espíritu de nuestra vivida consagración, podemos recurrir a Santa Margarita María Alacoque. Como, tras sus primeras revelaciones relacionadas con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús (con el mismo sentido bíblico de Corazón que la Madre Teresa entendía tan bien), ella seguía sin comprender lo que Jesús quería decir con que se consagrara a Él, Jesús le dio una sencilla pero hermosa fórmula: «Tú piensas en mí; yo seré quien piense en ti. Tú miras por mis necesidades y las del prójimo; yo miraré por las tuyas». Este sencillito arreglo puede aplicarse también a nuestra Consagración a Nuestra Señora. Es muy exigente, pero muy liberador. Lo vemos en el *Nican Mopohua* de Juan Diego; lo vemos en la Madre Teresa y en su *Espíritu de la Sociedad*.

Meditación día 26⁷⁷ Vivir nuestra Alianza

La idea básica de la Consagración Mariana supone poner todo en sus manos y en su Corazón, y compartir nuestra vida con ella de manera que ella pueda compartir su vida con nosotros.

Debemos... abandonarnos completamente en sus manos.⁷⁸

La Alianza con Nuestra Señora se basa en el único «gran mandamiento» que ella nos dio: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2: 5). Una vez más, es Nuestra Señora la que inicia todo el proceso. Ella ve y conoce nuestra necesidad; intercede por las gracias de las que carecemos y nos prepara para recibirlas. La Alianza con Nuestra Señora debe tener una forma concreta, así como un asentimiento mental y espiritual. El Espíritu Santo nos guía a la hora de elegir los términos de nuestra alianza personal en completa libertad, pero un poco más adelante hay algunas sugerencias y principios para redactar y prepararse para vivir tal alianza.

El Encuentro cotidiano

Nuestra Alianza requiere algo imprescindible: todos los días tenemos que pasar un tiempo personal con Nuestra Señora. Esto supone dedicar unos momentos, por breves que sean, al contacto consciente con ella. Sólo dedicando esos ratos a encontrarnos con ella en espíritu, se irá convirtiendo, ella cada vez más, en una presencia concreta en nuestra vida. Fue el encuentro diario de la Madre Teresa con Nuestra Señora lo que la fortaleció y preparó para su trabajo entre los más pobres, y para los innumerables retos que tuvo que afrontar. Lo mismo sirve para nosotros. Un Encuentro personal cotidiano, no es algo adicional, periférico o marginal. Por la experiencia de la Madre Teresa nos damos cuenta de que es fundamental e

⁷⁶ Explicación de la Regla Original, número 4.

⁷⁷ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁷⁸ Explicación de la Regla Original, número 4.



imprescindible. El encuentro con Nuestra Señora nos permite vivir más allá de nuestras limitaciones, envueltos en su presencia y compartiendo su espíritu y su Corazón. Sin este Encuentro cotidiano, nunca aprenderemos a escuchar el susurro de su sabiduría ni a percibir la luz que nos infunde, en lo más profundo de nuestra alma. Sin abrirnos a ella, no habrá entrega, ni rendición a ella, ni a través de ella a Dios. Sin el respaldo de su *Fiat*, nuestro voluntarioso, pero frágil, asentimiento al Señor, flaqueará a menudo, y ella no podrá hacer lo que sólo ella puede hacer en nuestra vida.

La cantidad de tiempo concedido a nuestras visitas a Nuestra Señora no es tan importante como su frecuencia y constancia. Nuestro encuentro con ella lleva al Encuentro con Dios, a quien no podríamos alcanzar nosotros solos.

Nuestro Encuentro con ella no se opone a nuestro Encuentro con Dios ni nos distrae de él. La experiencia de aquellos más cercanos a Dios a lo largo de dos milenios nos dice, al igual que la experiencia de la contemporánea y nada sentimental Madre Teresa que, el Encuentro con Nuestra Señora nos conduce a nuestro Encuentro con Dios, a la vez que lo engrandece.

Alianza Mariana

«Llevado por el ardiente deseo de vivir contigo en la más íntima unión posible en esta vida, para alcanzar la unión con tu Hijo con más seguridad y plenitud, prometo vivir el espíritu y los términos de la siguiente Alianza de Consagración todo lo fiel y generosamente que pueda».

Sus deberes

1. Donar su espíritu y su Corazón.
2. Poseerme, protegerme y transformarme.
3. Inspirarme, guiarme e iluminarme.
4. Compartir su experiencia de oración y alabanza.
5. Encargarse de mi santificación.
6. Encargarse de todo lo que me ocurra.
7. Compartir sus virtudes conmigo.
8. Atender mis necesidades espirituales y materiales.
9. Unión con su Corazón.
10. Purificarme a mí y mis acciones.
11. Derecho a disponer de mí, de mis oraciones, intercesiones y gracias.
12. Total, libertad en mí y a mi alrededor, como desee en todas las cosas.

Mis deberes

1. Entrega total de todo lo que tengo y soy.
2. Absoluta dependencia de ella.
3. Receptividad a su espíritu.
4. Fidelidad a la oración.
5. Confianza en su intercesión.
6. Aceptación de todo lo que venga de ella.
7. Imitar su espíritu.
8. Recurrir a ella constantemente.
9. Recordar su presencia.
10. Pureza de intención; negación de mí mismo.
11. Derecho a valerme de ella y sus energías en aras del Reino.
12. Derecho a entrar en su Corazón, a compartir su vida interior.



En Conclusión

Volvemos al lugar donde empezamos, con la visión de la Madre Teresa al inicio de su nueva vida, rodeada por los pobres, junto a María ante la Cruz de Cristo. Volvemos a esa forma nueva de vivir y amar a Dios que la cambiaría a ella y a millares de personas en todo el mundo, ricos y pobres. Todo está ahí: Nuestra Señora envolviendo a la Madre Teresa mientras ella desea involucrarnos a nosotros, en su presencia y amor, para llevarnos a la Cruz de Jesús, oculto en la Eucaristía y en los pobres, para llevar la luz, allá donde el mundo sólo ve oscuridad. Nuestra Señora nos invita a hacer lo que ella ha hecho: llevar todo, nuestro dolor y nuestras esperanzas, a la Cruz, para que Jesús pueda elevar la copa de nuestras vidas hasta el Padre, y transformarlo todo en semillas de Resurrección.

Meditación día 27⁷⁹ **Los fundamentos Bíblicos de la relación de la Madre Teresa con María** El papel de la Bienaventurada Madre

A Nuestra Señora le ha sido encomendada toda la tarea de preparar el Nuevo Israel para el «nuevo vino» del Amor de Dios. El papel de Nuestra Señora, en la revelación de la Sed que de la humanidad tiene Dios, empezó en el momento en que se la consideró «llena de gracia» (Lc 1: 28). En su plenitud de gracia, se convirtió en el espejo y receptáculo perfectos del deseo de la Trinidad de Amar y ser amada por nosotros. En la Anunciación, y durante los nueve meses en que llevó en su interior al Hijo de Dios, llegó a experimentar como nadie la hondura del Anhelado de Dios por estar con nosotros. Al dar a luz a Jesús, trajo el Amor de Dios al mundo. Después del nacimiento, qué añoranza y qué responsabilidad debió de sentir a la hora de cuidar en todos los aspectos de aquel Hijo, que era la Encarnación del inconmensurable Amor del Padre... ¿Acaso no imaginamos que, en treinta años de intimidad, no abriría Jesús Su Corazón a Su Madre y le hablaría del anhelo del Padre que Él había venido a revelar? En Caná, cuando Jesús hizo su primera aparición con los discípulos, ella le imploró el «nuevo vino» de la revelación. En el Calvario, ella fue la primera en oír y abrir su alma al ruego de Jesús de que le dieran de beber. Fue en el Calvario donde se convirtió en la «Mujer» del Génesis, la Nueva Eva, «Madre de todos los que viven» (Gen 3: 20). Discípulo «ésa es tu Madre» (Jn 19: 27).

El papel de Nuestra Señora en ayudar y preparar a los discípulos continuó —y continúa— más allá del Calvario. Nos la imaginamos relatando los grandes acontecimientos del Calvario a los primeros discípulos, reunidos con ella en oración. Ella sería la que les preparara después de la Ascensión para el don del «agua viva» (Jer 2: 13; cfr. Jn 4: 10), que se derramaría en Pentecostés. La vemos comentando con Juan en Éfeso cómo entendía ella las palabras escuchadas en el Calvario, y el fuego y la urgencia que esas palabras habían impreso en su alma, y hasta quizá le instó a que las pusiera por escrito para la Iglesia.

Después de la Asunción, el papel de Nuestra Señora aumentó enormemente. Como Jesús ascendió a la derecha del Padre, siempre vivo para interceder por nosotros (cfr. Heb 7: 25), así Nuestra Señora se ha unido a Él allí, haciéndose realidad su oración: «Padre, tú me los confiaste; quiero que, donde yo estoy, estén ellos también conmigo y contemplan esa gloria mía que tú me has dado, porque me amabas ya antes de que existiera el mundo» (Jn 17: 24). Desde allí, como antes, ella continuaría intercediendo porque Dios siguiera derramando Su

⁷⁹ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Amor sobre la Iglesia y el mundo. De la misma manera que a Jesús en su Ascensión le fue dada plena autoridad en el cielo y en la tierra (cfr. Mt 28: 19), también Nuestra Señora, en la gloria de su Coronación, recibiría su parte de poder y autoridad sobre el conjunto de la humanidad, confiada a ella como hijos.

De María es el papel y el privilegio de acercar el Anhelado de Dios y hombre, como hizo primero en su vientre, como hizo por Juan en el Calvario, como hizo por los discípulos en Pentecostés, como hizo por la Madre Teresa y Juan Diego, y como hará por cada uno de nosotros. Ella es el lugar de Encuentro de Dios y el hombre, el Bíblico «jardín cerrado» (Cant 4: 12), el nuevo Edén para abrigar y proteger nuestro Encuentro con Dios.

Dos mil años después, la Madre Teresa extendería la misión de Nuestra Señora en el tiempo y en el espacio. Constantemente rogaba a Nuestra Señora, en su nombre y en el de sus Hermanas y colaboradores, «*Danos tu corazón*». ¿Qué podía significar eso? Si la Madre Teresa se dio cuenta o no, esta petición tiene raíces Bíblicas que se remontan al profeta Elías. El Corazón de Nuestra Señora es de ella, pero en el plan de Dios también será nuestro.

La oración «*Danos tu corazón*» no es diferente de la de Eliseo cuando, al partir Elías, aquél le ruega que le deje «dos tercios» de su espíritu (2 Re 2: 9). La Madre Teresa le pide a Nuestra Señora dos tercios de su espíritu, su gracia interior, su «Corazón», cuando empieza su nueva misión, continuando la sagrada tarea empezada por María al pie de la Cruz. La misión de la Madre Teresa hizo visible a nuestros ojos la presencia y el papel de Nuestra Señora.

Meditación día 28⁸⁰ Nuestra Señora y el Espíritu

¿Cómo es posible que Nuestra Señora «nos dé su Corazón»? La respuesta yace en la privilegiada relación de María con el Espíritu Santo, en su Inmaculada Concepción. Este misterio, con sus muchos beneficios, estaba destinado a todos los hijos de Dios, como cantaron los Padres de la Iglesia desde las primeras centurias:

*“Hoy la humanidad, en todo el resplandor de la Inmaculada nobleza [de Nuestra Señora], recibe su antigua belleza. La vergüenza del pecado había oscurecido el esplendor y el atractivo de la naturaleza humana; pero cuando nace la Madre del Justo por excelencia, esa naturaleza recobra en su persona sus antiguos privilegios y es formada según un modelo perfecto y verdaderamente digno de Dios... Hoy comienza la reforma de nuestra naturaleza, y el mundo envejecido, sujeto a una transformación totalmente divina, recibe las primicias de la segunda creación”.*⁸¹

La Iglesia nos dice que la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, fue con el propósito de que se convirtiera en la Madre del Hijo de Dios, la portadora de Dios, cubierta por la sombra del Espíritu Santo, como la Antigua Arca de la Alianza fue cubierta de oro. San Lucas traza un asombroso paralelo entre el episodio del Arca de la Alianza y su llegada a David (véase 2 Sam 6: 2) y la Nueva Arca que es Nuestra Señora y su visita a Isabel (véase Lc 1: 39-40). Del mismo

⁸⁰ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁸¹ Andrés de Creta, Sermón I, sobre el Nacimiento de María, citado en: Juan Pablo II, «María fue concebida sin pecado original», *L'Osservatore Romano* (22 de mayo de 1996)



modo que el Rey David, jefe de Israel, baila de alegría ante el Arca (véase 2 Sam 6: 16), el futuro Juan -el Bautista-, que conducirá Israel hasta el Mesías, da un salto de alegría ante el Arca de Nuestra Señora (véase Lc 1: 41). Del mismo modo que, David se pregunta por qué iba a ir a su casa el Arca del Señor (véase 2 Sam 6: 9), Isabel se maravilla del porqué la Madre del Señor vaya a visitarla (véase Lc 1: 43). Del mismo modo que el Arca estuvo tres meses con David (véase 2 Sam 6: 11), así Nuestra Señora estuvo tres meses con Isabel (véase Lc 1: 56).

En el Apocalipsis, vemos ese paralelo establecido de nuevo, esta vez en el cielo. San Juan describe su visión: Se abrieron los cielos, y en el templo de Dios se vio el Arca de la Alianza (Ap. 11: 19). A continuación, Juan pasa a describir en el siguiente versículo a «una mujer envuelta en el sol» (Ap. 12: 1), como para equipararlas a ambas, como si presentara a Nuestra Señora como la auténtica, nueva Arca, cubierta de gloria, igual que Moisés había presentado la Antigua Arca a Israel y descrito su gloria (véase Ex 25: 10).

Como Arca de la Nueva Alianza, Nuestra Señora no sólo nos ha dado a Aquel que llevó en su vientre; su presencia permanece para siempre como un lugar de Encuentro pleno de gracia entre nosotros y su Hijo. En el Antiguo Testamento, el Arca constituía un lugar sagrado donde los hombres podían acercarse a Dios, donde la gracia fluía con total libertad, y donde de alguna manera se compensaban las debilidades humanas. Era un lugar de Encuentro donde los hombres podían contemplar la gloria de Dios, donde la nube de la gloria se inclinaba para tocar la tierra. Nuestra Señora trae consigo un ambiente sagrado lleno de la presencia de Dios, ofreciendo un refugio que purifica y nos prepara para el Encuentro con Dios. Por eso, la Madre Teresa pedía constantemente a Nuestra Señora que la llevara en su Corazón, que la dejara quedarse en ese lugar sagrado, impregnado de divinidad.

En dos ocasiones he tenido el privilegio de entrar en la pequeña habitación donde se guarda la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Un lateral de la habitación es de cristal, a través del cual se expone la imagen. Una vez al mes, por la noche, se retira la imagen de donde está sujeta, con el fin de limpiar cristal de seguridad que la protege. A algunas personas (como escritores, eruditos y científicos de la NASA) se les ha dado permiso para que, en tales ocasiones, examinen de cerca la imagen sagrada, sin el filtro del vidrio emplomado.

En una de esas noches, a cada uno nos concedieron tres minutos. En cuanto entré, sentí la sobrecogedora presencia de Nuestra Señora, una presencia a la que sólo puedo designar por lo que los israelitas llamaban *kabod*, el peso de la gloria de Dios. Incliné la cabeza hacia el suelo. Después de absorber aquella viva sensación de la gloria de Dios que Nuestra Señora transmitía, a través de su invisible presencia, me dije: «Sólo tienes tres minutos, más vale que la mires». Por primera vez comprendí la relación entre la gloria de Dios y el templo, el lugar en el que mora. Comprendí también que Nuestra Señora es el recinto de Encuentro. Ella es el verdadero templo.

Por esa razón, según la tradición, Nuestra Señora, de niña, entró en el templo para formarse en el templo, para *convertirse* en templo, para encarnar el misterio de la presencia de Dios en la historia de su pueblo, Israel, el lugar elegido entre las naciones. Como han afirmado los Padres de la Iglesia, María es el misterio de la Iglesia. En ella se prefigura, se contiene y se realiza la Iglesia. Ella es el verdadero Israel de Dios. Todo lo que Dios quiso llevar a cabo se logra, culmina y perfecciona en Nuestra Señora.



Meditación día 29⁸² **Nuestra Señora comparte su Don**

Nuestra Señora es, en el lenguaje de la tradición, «Esposa del Espíritu Santo». Y, sin embargo, como señalaron San Maximiliano Kolbe y el Papa Juan Pablo II, la palabra «esposa», pese a referirse al vínculo más profundo de las relaciones humanas, no alcanza a describir completamente el grado de unión entre Nuestra Señora y el Espíritu Santo. El Papa Juan Pablo II, en su Carta Apostólica, sobre el Rosario, define a Nuestra Señora como el «Santuario del Espíritu Santo»⁸³, precisamente al referirse a la Visitación. Esta unión entre Nuestra Señora y el Espíritu Santo es algo para lo cual no tenemos ninguna analogía. En este terreno sagrado, el lenguaje de la experiencia humana nos falla. El lenguaje sólo puede apuntar más allá de lo que alcanzamos a comprender, hacia la plenitud del Don de Nuestra Señora.

Pero la relación de Nuestra Señora con el Espíritu Santo no es algo que se guarde para sí misma. Es todo para sus hijos, y como nos muestran las Escrituras, tiene la capacidad de distribuir esos dones de manera abundante.

Volvamos al relato de Lucas de la Visitación (véase Lc 1: 39-56). Isabel ha concebido a una edad avanzada, y va a dar a luz a un hijo que será el precursor del Mesías. Aunque ha concebido milagrosamente, necesita ayuda. Lleva unos meses notando el peso de su propia fragilidad cuando llega inesperadamente a su puerta, llamándola por su nombre. Isabel oye la voz de María y descubre que dentro de su cuerpo está habiendo una revolución espiritual. Isabel está colmada del Espíritu Santo. Y exclamó en voz alta: *«¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre» (Lc 1: 42-45).*

¿Qué nos dice esto? Primero, que la persona, e incluso la voz, de Nuestra Señora está extraordinariamente ungida por el Espíritu Santo. Lo que Isabel descubrió, y más tarde la Madre Teresa, es que esa unción sobre la presencia de Nuestra Señora se transmite incluso cuando se busca o no se atiende de manera consciente. Para que la presencia de Nuestra Señora sea efectiva en nuestra vida, incluso para la Madre Teresa, Isabel o los santos, ella sólo necesita ser bienvenida y deseada, ya seamos sistemáticamente conscientes de su presencia o no.

La Visitación, demuestra el papel de Nuestra Señora no sólo en la vida de Isabel, y de la Madre Teresa, sino en todos los discípulos. Cuando se acerca María, Isabel se ve inundada por el Espíritu Santo. No porque careciera de Él hasta ese momento: el Espíritu llevaba tiempo obrando milagros en su vida con la concepción de Juan. Pero, con la llegada de Nuestra Señora, recibió una lluvia nueva y más plena del Espíritu, que dotó a Isabel de una nueva energía y una nueva esperanza para llevar a cabo su tarea. La vida que lleva en su interior y la responsabilidad que tiene de ella, una carga y un motivo de preocupación hasta ese momento, se ha convertido de repente en una fuente de alegría. Lo que le había causado fatiga, ahora le da energía. *“El hijo que llevo en el vientre saltó de alegría”*: Ya no es ella quien le lleva a él; es él quien la lleva a ella.

⁸² Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁸³ Rosarium Virginis Mariae, 16 (16 de octubre de 2002).



Aparte de eso, Isabel recibe otros dones. Isabel no fue una profetisa; pero cuando Nuestra Señora entra en su vida, le es dado el Espíritu de la profecía. Ella es la primera en proclamar no sólo que el Mesías está presente, sino además que es el Hijo de Dios. *¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? ¿Quién le dijo que su joven prima iba a ser Madre del Señor, algo que incluso José ignoraba?* Todo eso sucedió por la presencia de María. Así pues, desde el punto de vista de las Escrituras, pisamos terreno firme cuando damos fe de los dones del Espíritu Santo que Nuestra Señora derramó sobre la Madre Teresa, y cuando declaramos que esos milagros de gracia fueron la razón de que ella le diera a Nuestra Señora «toda su confianza».

Meditación día 30⁸⁴ **Ecós de Nuestra Señora en el Antiguo Testamento**

A lo largo de siglos de tradición cristiana se ha meditado sobre los muchos heraldos del Nuevo Testamento escondidos en el Antiguo, dispersos por las páginas de las Escrituras. Entre esos caracteres proféticos, o símbolos, encontramos el sacrificio del cordero entre los judíos, que prefigura a Jesús como Cordero de Dios sacrificado en el Calvario; y el maná del desierto, que anticipa el «Verdadero Pan del Cielo», la Eucaristía. Pero, sobre todo en los *Libros Sapienciales* de la Biblia, hay también un heraldo de la persona y el papel de la Virgen María, mostrado en el concepto de *Sabiduría* del Antiguo Testamento, presentado como una persona, femenina incluso, que viene de Dios pero que es distinto de Él.⁸⁵

Puesto que hay una unción prometida en cada Palabra de Dios —«así será mi palabra... no volverá a mí vacía», como leemos en Isaías (55: 11)— hay una unción especial del espíritu y la gracia otorgadas a esas palabras del Antiguo Testamento, que los Padres de la Iglesia vieron que se referían a Nuestra Señora.

Una manera de tener una relación íntima con ella, de permitir que desempeñe un papel activo en nuestra vida, es *escuchándola*, dándole la oportunidad de que nos hable en el alma y nos guíe, de que se convierte en nuestra «maestra de vida» en los caminos del Señor, como hizo con Juan Diego y la Madre Teresa.

Estos textos, sellados como están con el Espíritu Santo, no se presentan para que se estudien, sino para que se saboreen. No los leáis de un tirón; leed unas líneas y medítadlas en el alma, despacio. Invítadla, a que ocupe su sitio en vuestra propia Caná, en vuestra propia preparación para el gran Encuentro de la humanidad con el Cordero. Invítadla a venir y vendrá. Invítadla a que os hable al corazón, a través de estas palabras de las Escrituras, y lo hará, y vuestra vida cambiará de hoy en adelante. De que eso es verdad, la Madre Teresa es prueba, ejemplo e invitación.

⁸⁴ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.

⁸⁵ Libros de Job, Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares, así como los libros del Deuteronomio, Eclesiástico y Sabiduría.



Meditación día 31⁸⁶
Nican Mopohua:
La historia de Juan Diego

A continuación, sigue una paráfrasis de la obra de Valeriano.

Diez años después de conquistada la ciudad de México, la guerra llegó a su fin y hubo paz entre los pueblos. La fe, el conocimiento del Dios verdadero, empezó a florecer. Fue en diciembre del año de 1531 cuando un indio pobre llamado Juan Diego tuvo un extraordinario encuentro.

Primera Aparición

Un sábado de madrugada, Juan Diego se dirigía a rezar sus oraciones. Al llegar a la base del monte llamado Tepeyac, oyó un canto proveniente de la colina, como el canto de hermosos pájaros sólo que mucho más hermoso. Juan Diego se detuvo y se dijo: «¿Soy digno de lo que oigo? ¿Estoy soñando o estoy despertándome? ¿Dónde me encuentro? ¿Acaso he llegado al paraíso terrenal del que nos hablaban nuestros mayores? ¿Estoy en el cielo?». Mientras miraba hacia el este, hacia lo alto de la colina, el canto cesó de repente y se hizo un completo silencio. Entonces oyó una voz que le llamaba: «Mi pequeño Juan, mi pequeño Juan Diego». Él se dirigió hacia la voz, no con miedo, sino con gran alegría.

Cuando llegó a lo alto de la colina, vio a una Señora, que le dijo que se aproximara. Al acercarse, se quedó asombrado de la celestial belleza de aquella Señora. Su vestido brillaba como el sol, y el lugar donde se encontraba centelleaba como un arco iris. Las plantas que había a su alrededor parecían refulgir como piedras preciosas. Juan Diego se inclinó ante ella, y ella le habló dulce y cortésmente.

«Juanito, mi pequeño niño, ¿adónde vas?»

Él respondió: «Mi Señora, voy a la iglesia a cumplir con las cosas de Dios».

Ella le dijo:

«Que sepas, hijo mío pequeño, que soy la siempre Virgen María, Santa Madre del Dios Verdadero que nos dio la vida, del Creador de todas las cosas, Señor de cielo y tierra. Es mi deseo que pronto se levante aquí un templo para que pueda mostrar todo mi amor, mi compasión, mi auxilio y mi protección, porque yo soy tu Madre misericordiosa; tuya y de todos los que habitan en esta tierra, de todos los que me aman.

Ahí oíré sus penas y remediaré sus aflicciones. Ve a ver al obispo de México, y cuéntale todo lo que has visto y oído. Te lo agradeceré y te recompensaré con felicidad. Ya has oído mi mandato; ve y pon todo tu empeño.»

Juan Diego se inclinó hacia ella y dijo: «Señora mía, obedeceré vuestro mandato. Ahora debo irme, vuestro humilde servidor». Bajó la colina y se encaminó hacia Ciudad de México.

⁸⁶ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Segunda Aparición

Juan Diego entró en la ciudad y fue derecho al palacio del obispo. Suplicó a los criados que le anunciaran y, tras una larga espera, le dijeron que pasara a ver al obispo, un franciscano llamado Juan de Zumárraga, quien había llegado a Ciudad de México no hacía mucho. Él entró e hizo una reverencia, y a continuación comunicó el mensaje de la Señora celestial, así como todo lo que había visto y oído. El obispo fue amable con él y le dijo que volvería a escucharle en otro momento. Pero Juan Diego se entristeció, pues parecía que el obispo no tenía intención de seguir el mensaje.

Juan Diego regresó al monte de Tepeyac en el mismo día. Subió a lo alto de la colina y se encontró con que la celestial Señora estaba esperándole en el mismo lugar donde la había visto la primera vez. Se inclinó ante ella y dijo:

«Señora, hice lo que me ordenasteis. No sin dificultad entré en el despacho del obispo. Le di vuestro mensaje, tal y como me mandasteis. Él me recibió con amabilidad y me escuchó atentamente, pero se diría que no me creyó. Por cómo me respondió, entendí que piensa que el asunto de construir un templo en vuestro honor es una invención mía. Os ruego, Señora, que encarguéis vuestro mensaje a alguien más importante y conocido, a alguien a quien puedan creer. Yo no soy nadie, no soy nada, y no sé nada sobre el palacio del obispo. Por favor, no te enfades conmigo, Señora.»

La Virgen Bendita respondió:

«Pequeño mío, debes entender que tengo muchos sirvientes y mensajeros; pero es muy importante que seas tú el que lleve este mensaje. Vuelve mañana a ver al obispo. Ve de parte mía; dile que la siempre virgen María, Madre de Dios, te ha enviado.»

«Señora, obedeceré de buena gana, y no fallaré, aunque puede que no me crean. Volveré mañana al atardecer, y os traeré la respuesta del obispo.»

Dicho lo cual se fue a casa.

Meditación día 32⁸⁷ Tercera Aparición

Al día siguiente, domingo, Juan Diego salió de casa antes del amanecer para dirigirse al servicio divino, tras lo cual fue a ver al obispo. Después de oír misa, llegó al palacio del obispo, y una vez más, con mucha dificultad, le dejaron entrar. Se arrodilló ante el obispo y volvió a hablarle del mandato de la celestial Señora, que había de construirse en la colina un templo en su honor. El obispo le preguntó sobre la Señora, dónde la había visto, y qué aspecto tenía. Sin embargo, no acató el mandato. Dijo que necesitaba una señal para estar seguro de que verdaderamente se trataba de la Virgen Bendita.

⁸⁷ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Juan Diego respondió: «¿Qué señal buscáis? Iré a la Señora celestial y se la pediré». Entonces el obispo le mandó que se retirara, y pidió a varias personas de confianza que siguieran a Juan Diego para que viesan lo que hacía y con quién hablaba. Pero le perdieron de vista, y regresaron muy disgustados por no haber podido seguirle. Le dijeron al obispo que Juan Diego o mentía o soñaba. Incluso planearon cogerle y castigarle si regresaba, con el fin de curarle de sus mentiras.

Mientras tanto Juan Diego volvió a donde estaba la Virgen, y le relató la respuesta que le había dado el obispo. La celestial Señora respondió:

«Muy bien, mi querido pequeño, vuelve aquí mañana, para que puedas llevarle al obispo la señal que pide. Entonces te creará y no desconfiará más de ti. Y yo te recompensaré por los esfuerzos que has realizado de mi parte. ¡Ve! Mañana estaré aquí esperándote».

Cuarta Aparición

Al día siguiente, lunes, Juan Diego no volvió a la colina, porque su tío, Juan Bernardino, se había puesto muy enfermo. Juan Diego llamó al médico, pero parecía que era demasiado tarde. Esa noche su tío le pidió que, a la mañana siguiente fuera a buscar a un sacerdote, para que le preparara para morir y le oyera en confesión, porque estaba seguro de que le había llegado la hora.

El martes de madrugada, Juan Diego salió de casa para hacer el encargo. Cuando llegó al camino que llevaba al monte de Tepeyac, se dijo a sí mismo: «Si voy por aquí, lo más seguro es que me vea la Señora y me entretenga con la señal que debo llevar al obispo». Así que se fue por otro camino rodeando la colina. Sin embargo, la Señora salió a su encuentro cuando rodeaba la colina y le dijo: «¿Adónde va, mi hijo más pequeño?». Él se inclinó ante ella, sin saber si estaba más afligido o más asustado. Le dijo a ella:

«Señora mía, que Dios os conceda la felicidad. ¿Cómo estáis esta mañana? ¿Estáis bien de salud? Un servidor vuestro, mi tío, ha contraído la peste y se está muriendo. Voy corriendo a vuestra casa de México a llamar a uno de vuestros queridos sacerdotes para que le confiese y le dé la absolución. Pero volveré aquí enseguida, para poder llevar vuestro mensaje. Señora, perdonadme, tened paciencia conmigo. Mañana vendré enseguida.»

La Santísima Virgen contestó:

Mi niño más pequeño, que nada te asuste ni te aflija. Que nada altere tu corazón. No tengas miedo de esa enfermedad, ni de ninguna otra, ni de ningún sufrimiento. ¿No estoy aquí, yo, que soy tu Madre? ¿No estás tú a mi amparo, bajo mi protección? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás contento en mi redil? ¿Qué más deseas? Que nada te aflija ni te inquiete. No te preocupes por la enfermedad de tu tío, que no morirá de ella. Puedes estar seguro de que ya está curado. Y en aquel momento ocurrió que su tío ya estaba curado, como se supo después.

Cuando Juan Diego oyó esas palabras, se sintió enormemente consolado. En su felicidad suplicó que le permitiera ir a ver al obispo con la señal que permitiría que se creyeran sus palabras. La Señora celestial le dijo: «Trepas, mi pequeño hijo, hasta lo alto de la colina donde me viste por primera vez. Allí encontrarás flores. Córtalas, júntalas y tráemelas».



Juan Diego subió la colina, y se quedó sorprendido al ver allí muchas variedades de delicadas rosas castellanas, olorosas y en plena floración a pesar de que era invierno. Enseguida empezó a cortarlas, hizo un ramo y las colocó en su tilma. La cima del monte no era lugar para flores; había muchos cardos, espinas y cactus. Ni siquiera la maleza crecía allí en el frío mes de diciembre. Juan Diego bajó la colina con las rosas que había cortado y se las llevó a la celestial Señora. Ella las cogió y volvió a colocarlas en la tilma, y dijo:

«Hijito mío, esas rosas son la señal que vas a llevarle al obispo. Dile de mi parte que acceda a mis deseos. Pero sólo en presencia del obispo desdoblarás tu manto y le mostrarás lo que llevas en él. Cuéntale todo lo que has visto y hecho a petición mía, y dile una vez más, que levante el templo que he pedido».

Juan Diego, contento y seguro de sí mismo, se encaminó directamente a Ciudad de México, llevando mucho cuidado para que nada se le deslizará de su tilma, y disfrutando de la fragancia de las bellas rosas.

Meditación día 33⁸⁸ **El milagro de la imagen**

Cuando Juan Diego llegó al palacio obispal, rogó que le llevaran ante el obispo. Pero los criados hicieron como que no le oían, creyéndole un alborotador e influidos por lo que les habían dicho aquellos que le habían seguido. Cuando vieron que seguía allí, alicaído, sin hacer nada, esperando a que le llamaran, y que parecía que llevaba algo en su tilma, se acercaron a ver qué era. Juan Diego vio que no podía ocultar lo que llevaba, y para evitar que se metieran con él de manera violenta, levantó el borde de su tilma. Había rosas castellanas, frescas, fragantes, hermosas, en plena floración. Los hombres se quedaron sorprendidos, y trataron de coger las flores tirando de la tilma. Tres veces lo intentaron, pero no lo consiguieron, y las flores parecían haberse convertido en una imagen pintada. Entonces fueron a decir al obispo que el indio que había venido tantas veces deseaba verle de nuevo, y que tenía algo que mostrarle.

Cuando el obispo oyó aquello, se dio cuenta de que Juan Diego le traía la señal que le había pedido. Inmediatamente ordenó que le dejaran entrar. Juan Diego se arrodilló ante él como acostumbraba a hacer, y de nuevo le contó lo que había visto:

«Señor, he hecho lo que me ordenasteis. Fui a ver a la celestial Señora, Santa María, la hermosa Madre de Dios, y le dije que me pedisteis una señal, para poder dar crédito a su deseo. Ella gentilmente ha accedido a vuestra petición. Esta mañana temprano me pidió que subiera a lo alto de la colina donde solía verla, y me dijo que cortara las rosas castellanas que encontrara allí. Después de cortarlas, se las llevé, y ella las cogió y las colocó en mi manto, para que pudiera traéros las en persona. Yo sabía que en la cumbre de la colina no crecían flores. Pero, según me acercaba a lo alto del monte, vi que estaba en el Paraíso, rodeado de preciosas flores. Se me pidió que os las trajera para que pudierais ver en ellas la señal que habíais pedido y creyerais mi mensaje. Mirad. Cogedlas.»

⁸⁸ Seguir el esquema para cada meditación y la lectura del día correspondiente.



Juan Diego extendió el manto que contenía las flores, y al tiempo que las diferentes clases de rosas castellanas se desparramaban por el suelo, apareció allí de repente la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, tal y como se guarda hoy en el santuario de Tepeyac, que se llama Guadalupe. Cuando el obispo vio la imagen, él y todos los presentes se arrodillaron. El obispo, todo compungido, rezó y rogó que le perdonara por no haber accedido antes a su deseo y petición. Cuando se puso de pie, desanudó del cuello de Juan Diego el manto con la Imagen de la Señora del cielo. Luego lo cogió para guardarlo en su capilla. Juan Diego se quedó un día más en la casa del obispo, a petición de éste.

Al día siguiente le dijo: «¡Vamos! Muéstranos dónde quiere la Señora del cielo que levantemos el santuario», e invitó a todos los que estaban allí a acompañarles.

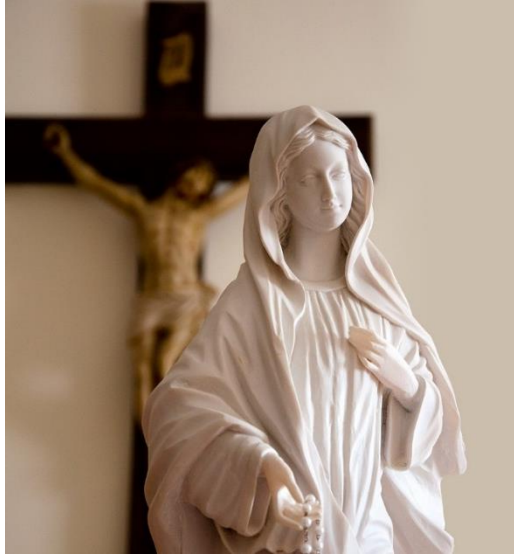
La Aparición a Juan Bernardino

Juan Diego llevó al obispo al lugar donde la Señora del cielo quería que se construyera el templo, pero después rogó que le dispensaran. Quería ver a su tío Bernardino, que tan enfermo estaba cuando él salió de casa esa mañana. Pero no le dejaron ir solo, todos le acompañaron a su casa.

Cuando llegaron, encontraron a Juan Bernardino contento y sano. Se sorprendió al ver a su sobrino con Sociedad tan distinguida, y le preguntó a qué se debía. Su sobrino le contó la visión que había tenido en Tepeyac, que la Señora del cielo le había dicho que su tío se curaría, y que llevara el mensaje al obispo de que levantara una casa para ella. Entonces el tío de Juan Diego reveló que él también había visto a la celestial señora como se le había aparecido a su sobrino, y que le había curado. La Señora le pidió que le contara al obispo tan milagrosa curación, y que a ella debían llamarla la Virgen María de Guadalupe.

Juan Diego y su tío Juan Bernardino se alojaron en casa del obispo durante muchos días, hasta que se construyó el santuario dedicado a la Reina de Tepeyac en el sitio donde Juan Diego la había visto. El obispo trasladó la sagrada Imagen de la Señora del cielo a la iglesia principal, de manera que la gente pudiera ver y venerar la Imagen bendita. La ciudad entera estaba conmovida; acudieran a ver y a venerar la imagen, y a rezar. Se maravillaron con aquel milagro divino, porque ningún ser humano había pintado su preciosa Imagen.

Fórmula de Consagración a la Virgen



Oh Señora mía y Madre mía, he sido llamado para Contemplar, Experimentar, Saciar y Proclamar el misterio de la Infinita Sed de Dios, revelado en el grito de Jesús en la Cruz: "Tengo Sed". Esta es mi vocación, la única razón de mi existencia y el fin para el que fui creado. Pero soy pequeño, débil, pecador e incapaz de vivir esta mi vocación. Sé que lo que es imposible para mí, es posible para ti. Por eso hoy, yo:

.....
Vengo ante ti como un pequeño niño, pidiéndote que me abras tu Inmaculado Corazón para vivir perpetuamente en él.

Para poder entrar en tu Inmaculado Corazón, tan puro y tan humilde, yo renuevo mis promesas bautismales, renunciando para siempre a Satanás y a sus obras, al pecado, a todo odio y resentimiento, renunciando a las ilusiones y pensamientos del mundo y aceptando a tu hijo Jesucristo, como mi Único Salvador y Señor.

Ahí, dentro de tu Inmaculado Corazón, quiero consagrarte mi vida: todo lo que soy y tengo, mi presente, pasado y futuro. Te doy mis pensamientos, palabras, obras, méritos, virtudes, defectos y hasta mis pecados. Te doy mi cuerpo, mente, y corazón con todos sus atributos y facultades. Te doy lo que más quiero: a mi familia y seres queridos, mi trabajo, (escuela), pertenencias, mi tiempo y mi salud, en una palabra: todo lo que soy y tengo.

Quiero que tú vivas tu vida en mí, de tal manera que lo que tú hagas, pienses, ames o hables, sea a través de mí. Piensa tus pensamientos en mi mente, ama a través de mi corazón y sobre todo vive tu misión, vocación y espíritu en mí y a través de mí. Dame tus disposiciones y sentimientos. Corrige, ilumina y expande mis pensamientos y conductas. Toma mi entera personalidad, y replázala con la tuya, que no sea yo quien viva, sino tú en mí. Y así, junto a ti, viviré el fin para el que fui creado: Contemplar, Experimentar, Saciar y Proclamar el misterio de Amor revelado en el grito de Jesús en la Cruz, "Tengo Sed". Amén.